

LIBROS, LECTORES Y BIBLIOTECAS PRIVADAS EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XVIII*

Books, readers and private libraries in 18th century Spain

Aceptado: 01-06-09

INMACULADA ARIAS DE SAAVEDRA ALÍAS**

RESUMEN

Durante la Edad Moderna la posesión privada de libros y en algunos casos la posesión de auténticas bibliotecas se fue haciendo cada vez más frecuente. Este fenómeno no habría sido posible sin algunos cambios decisivos, como los avances de la alfabetización, la difusión de nuevas prácticas de lectura y el desarrollo de la edición y de la comercialización de libros. El siglo XVIII fue el período en el que estos cambios fueron más significativos.

Este artículo se centra en el análisis de estos cambios en nuestro país, al tiempo que da cuenta de los principales estudios sobre bibliotecas privadas relativos a esta centuria. Se analizan los contenidos de unas cuarenta bibliotecas hasta ahora estudiadas. Entre ellas se encuentran, además de las bibliotecas de algunas de las figuras más relevantes de la Ilustración española, bibliotecas de nobles, clérigos, altos cargos de la administración, artistas, burgueses, hombres de ciencia, eruditos, académicos y profesores.

Palabras clave: Libros, Lectura, Bibliotecas, Vida cotidiana, Siglo XVIII.

ABSTRACT

During the Early Modern Age, the private possession of books and in some cases the possession of actual libraries became more and more common. This would not have been possible without some decisive changes, such as the advances in literacy, the diffusion of new reading practices and the development of the edition and commercialisation of books. The 18th century was the period in which these changes were most significant.

This article focuses on the analysis of these changes in our country, while it gives an account of the main studies about private libraries referred to this century. It analyses the contents of some forty libraries studied until now. Amongst these are, in addition to the libraries of some of the most relevant figures of the Spanish Enlightenment, libraries of nobles, clergymen, high posts of the administration, artists, bourgeois, science men, scholars, academicians and teachers.

Keywords: Books, Reading, Libraries, Daily life, 18th century.

INTRODUCCIÓN

Uno de los cambios más importantes que se producen a lo largo de la Edad Moderna es la entrada de la sociedad occidental en la cultura escrita. Los avances de la alfabetización, la circulación cada vez más abundante de materiales escritos

* Estudio realizado en el marco del Proyecto HUM2007-60986 del Ministerio de Ciencia e Innovación.

** Universidad de Granada.

y la difusión de la lectura en silencio son transformaciones fundamentales¹. Paralelamente en esta época el triunfo de la privacidad se va imponiendo en la vida cotidiana y la casa se consolida como el dominio por excelencia de la privacidad, aislando al círculo familiar de las formas de convivencia tradicional. En estas nuevas condiciones van apareciendo en la vida cotidiana nuevas formas de ocio y de sociabilidad, algunas de ellas ligadas a la lectura. La posesión de libros y en ocasiones la posesión de auténticas bibliotecas fue una de las plasmaciones más acabadas, aunque no la única, de este fenómeno.

La difusión de las bibliotecas privadas no habría sido posible si no se hubiera producido además un importante avance de la edición y comercialización de los libros, que se fueron convirtiendo poco a poco en objetos de consumo cada vez más difundidos, al menos para algunos grupos sociales. A todas estas cuestiones se dedica este trabajo, centrado de forma muy especial en el siglo XVIII, etapa en la que se produjeron en este campo los cambios más significativos. Una parte muy importante de este estudio se ocupa de dar cuenta de los principales estudios hasta ahora publicados sobre bibliotecas privadas relativas a esta centuria.

1. LA ALFABETIZACIÓN Y LA LECTURA

Hace ya treinta años uno de los pioneros de la historia de la lectura en nuestro país, M. Chevalier, establecía las cuestiones clave para abordar este tema: “Las primeras preguntas que surgen al plantear el problema de la lectura... son tres: ¿quién sabe leer?, ¿quién tiene posibilidad de leer libros? ¿quién llega a adquirir la práctica del libro?”².

La primera pregunta nos lleva al estudio de los porcentajes de alfabetización para apreciar las variaciones en la capacidad de leer –según épocas, lugares, sexos, grupos sociales, etc.–. En nuestro país los estudios sobre alfabetización se han desarrollado sobre todo en las últimas décadas y distan mucho de ofrecernos un panorama completo y satisfactorio.

No obstante, para el siglo XVIII hay un abanico relativamente abundante de estudios monográficos sobre alfabetización en distintas ciudades o ámbitos geográficos. Es el caso de los realizados sobre Girona por Javier Antón Pelayo, sobre Pontevedra y Tui por Margarita Sanz y Ofelia Rey; Galicia en su conjunto por Ofelia Rey; Madrid, Zamora y Toledo por Jacques Soubeyroux; Huelva por

1. CHARTIER, Roger, “Las prácticas de lo escrito”, en ARIÈS, Philippe y DUBY, Georges, *Historia de la vida privada. 5: El proceso de cambio en la sociedad en los siglos XVI y XVIII*, Madrid, 1991, p. 113.

2. CHEVALIER, Maxime, *Lectura y lectores en la España del siglo XVI y XVII*, Madrid, Turner, 1976, p. 13.

David González Cruz; Cádiz y El Puerto de Sta. María por M.^a José de la Pascua; Murcia por Antonio Viñao Frago; Lorca Pedro Luís Moreno Martínez y Mataró por Montserrat Ventura³. Un balance de estas investigaciones primarias se ofreció en un número monográfico dedicado al tema de la revista *Bulletin Hispanique* de Burdeos, publicado en 1998, que recoge, entre otras, interesantes aportaciones de Jacques Soubeyroux, Ofelia Rey, Javier Antón Pelayo y Antonio Viñao⁴.

Los estudios sobre los niveles de alfabetización suelen utilizar como base la cuantificación de las firmas en las fuentes notariales, especialmente en testamentos, escrituras de compraventa, etc⁵. El procedimiento seguido debe ser tomado con cautela por varias razones. En primer lugar, no se puede interpretar una mera firma ante un notario con la capacidad de leer y escribir y mucho menos al uso de esas habilidades con solvencia⁶. Algunas personas podían haber aprendido a dibujar su firma sin dominar las habilidades de la lectura y escritura. Y en sentido contrario, no saber firmar no tenía que significar necesariamente no saber leer. Lectura y escritura solían aprenderse durante el Antiguo Régimen en fases separadas, de modo que había personas que dominaban la lectura y no sabían escribir, especialmente mujeres, entre las que el aprendizaje de la escritura estuvo menos extendido que entre los varones porque podía ser considerado peligroso. Con carácter general los especialistas consideran que el porcentaje

3. ANTÓN PELAYO, Javier, *La herencia cultural. Alfabetización y lectura en la ciudad de Girona (1747-1808)*, Barcelona, 1988; SANZ GONZÁLEZ, Margarita, “Alfabetización y escolarización en Galicia a fines del Antiguo Régimen”, *Obradoiro de Historia Moderna*, núm. 1, 1992, pp. 229-249; REY CASTELAO, Ofelia, “Niveles de alfabetización en la Galicia de fines del Antiguo Régimen”, *Bulletin Hispanique*, t. 100, 1998-2, pp. 271-311; SOUBEYROUX, Jacques, “La alfabetización en la España del siglo XVIII”, *Historia de la educación*, núms. 14 y 15, 1995-1996, pp. 199-223; GONZÁLEZ CRUZ, David, *Familia y educación en la Huelva del siglo XVIII*, Huelva, Publicaciones Universidad de Huelva, 1996; DE LA PASCUA SÁNCHEZ, M.^a José, “Aproximación a los niveles de alfabetización en la provincia de Cádiz: las poblaciones de Cádiz, El Puerto de Santa María, Medina Sidonia y Alcalá de los Gazules entre 1675 y 1800”, *Trocadero*, núm. 1, 1989, pp. 51-65; VIÑAO FRAGO, Antonio, “El proceso de alfabetización en el municipio de Murcia, 1759-1860”, en ARBEROLA, Armando y LA PARRA, Emilio, *La Ilustración española. Actas del I Coloquio Internacional celebrado en Alicante (oct. 1985)*, Alicante, 1986, pp. 235-250; MORENO MARTÍNEZ, Pedro Luís, *Alfabetización y cultura impresa en Lorca (1760-1860)*, Murcia, 1989; VENTURA Y MUNNÉ, Montserrat, *Lletrats i illetrats a una ciutat de la Catalunya Moderna, Mataró, 1750-1800*, Mataró, Caixa d’ Estalvis Laietana, 1991. Véase así mismo ESCOLANO, A. (dir.), *Leer y escribir en España. Doscientos años de alfabetización*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1992.

4. *Lisants et lecteurs en Espagne, XVe-XIX siècle*, *Bulletin Hispanique*, t. 100, 1998-2.

5. Una reflexión metodológica sobre el valor de la firma como indicador cultural y social en SOUBEYROUX, Jacques, “L’alphabétisation dans l’Espagne Moderne: Bilan et perspectives de recherche”, en *Lisants et lecteurs...*, pp. 231-254.

6. François López distingue entre “lisant”, persona que sabe leer y “lecteur” que lee libros efectivamente, “Lisants et lectures en Espagne au XVIIIe siècle. Ébauche d’une problématique”, en *Livre et lecture en Espagne et en France sous l’Ancien Régime*, París, 1981, pp. 139-151.

de firmantes suele ser más bajo que el de potenciales lectores y que en cambio suele sobrevalorar a los que son capaces de escribir realmente.

A pesar de las cautelas metodológicas que pueden hacerse a los estudios sobre alfabetización, de los realizados hasta ahora pueden derivarse algunas conclusiones básicas: La primera y fundamental es el avance en líneas generales de la alfabetización durante la Edad Moderna, aunque esto no significa que se trate de un avance lineal. Hay constancia de que se producen retrocesos puntuales, al menos en algunas zonas⁷. Pero por lo que respecta al siglo XVIII, especialmente a la segunda mitad, se incrementaron los niveles de alfabetización, como efecto del aumento de la escolarización y enseñanza de primeras letras, propiciado por las reformas educativas que tuvieron lugar en el país. Este aumento no sólo se pone de manifiesto en el crecimiento del número de firmantes, sino también en la mejora de la calidad de las firmas, así como en el aumento de materiales impresos para la enseñanza y aprendizaje de lectura y escritura, como cartillas, silabarios o catones⁸. Otro rasgo es que la alfabetización dista de ser homogénea. Varía según la distinta concentración poblacional que supone un mayor acceso al aparato escolar –por lo general es mayor en el mundo urbano que en el rural– y según la diferencia de géneros: es mayor entre los hombres que entre las mujeres. Pero las diferencias en la alfabetización se hacen mayores entre los distintos grupos sociales, pudiendo establecerse una correlación entre riqueza, situación socio-profesional y alfabetización. Ésta suele ser completa entre los componentes de los estamentos privilegiados (nobleza y clero), de la administración real y local, y se va haciendo menor a medida que descendemos en la escala socio-profesional de artesanos, labradores, jornaleros, etc.

El desarrollo de la alfabetización y de la difusión de la lectura es uno de los hechos fundamentales que contribuyen a modificar la idea que el hombre tiene de sí mismo y de sus semejantes. Como señalara Roger Chartier, saber leer y escribir permite nuevas formas de relacionarse con los demás y con los poderes públicos, configura sociabilidades nuevas y sirve de base a la construcción del estado moderno, que apoya en la escritura una nueva forma de expresar la justicia y reglamentar la sociedad. Del mayor o menor trato con lo escrito depende una mayor o menor emancipación respecto a las formas tradicionales de existencia que vinculan al individuo con la comunidad⁹.

7. Es lo que ha mostrado, por ejemplo, Jacques Soubeyrou que ocurre en Madrid con los varones lectores durante el siglo XVII, *L'alphabétisation...*, p. 252.

8. VIÑAO, Antonio, "Alfabetización e ilustración, diez años después (de las evidencias directas a las indirectas)", en *Lisants et lecteurs...*, pp. 255-269.

9. CHARTIER, R., *Las prácticas...*, p. 119 y *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*, Barcelona, Gedisa, 1994, p. 24.

2. LOS HÁBITOS DE LECTURA

La escisión entre alfabetizados y analfabetos, aunque fundamental, no es la única importante. Todos los que pueden leer los textos no los leen de igual manera. Sólo el dominio efectivo de la lectura y de la escritura permite la relación personal y libre de mediaciones con el texto, liberando al individuo de los controles del grupo y permite encerrarse en sí mismo y reflexionar individualmente. Por ello se han hecho nuevas preguntas a la historia del libro y de la lectura. A las viejas preguntas sobre cuántos leen, quiénes son los que leen, y qué se lee, se ha añadido la pregunta de cómo se lee¹⁰, pues la significación de los textos depende de las formas a través de las cuales estos textos son aprehendidos por sus lectores. Nació así la historia de los modos de leer¹¹.

Aunque tenemos testimonios muy antiguos de personas que eran capaces de leer en silencio y lo hacían de forma habitual, así en las *Confesiones* San Agustín relata cómo San Ambrosio de Milán leía en silencio¹², esta forma de leer era muy rara en la Antigüedad y, aunque progresó durante la Edad Media, tardaría en difundirse de forma generalizada. Fue a partir del siglo XV, y entre los lectores más familiarizados con la escritura y plenamente alfabetizados, cuando se fue imponiendo la lectura en silencio, que se convertiría en la forma corriente de leer durante los siglos XVI y XVII, al menos entre los lectores más hábiles, pues los lectores menos diestros son incapaces de leer en silencio¹³.

Otro cambio importante está relacionado con los objetos de la lectura. No es lo mismo que ésta se centre en unos pocos libros o incluso en uno solo —caso por ejemplo, de la lectura de la Biblia entre las comunidades protestantes, que suele ser la única obra que muchas personas leen a lo largo de toda su vida—, a que la lectura se haga de muchos y distintos libros. Es el paso de la lectura *intensiva* a la *extensiva*. En el primer caso, se trata de la lectura de un único libro o de muy pocos libros, con frecuencia de carácter religioso, que se hace de modo reverencial y respetuoso y a menudo se refuerza con la expresión oral, llegándose a memorizar incluso algunos de sus pasajes. La lectura *extensiva*, en cambio, es una lectura que consume muchos textos, que suelen ser variados y diversos y que, por su propia abundancia, no se pueden aprehender con la intensidad del texto único¹⁴. Se trata, por tanto, de un cambio sustancial.

10. GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo, “Prólogo” a CHARTIER, R., *El orden de los libros...*, p. 12.

11. CHARTIER, R., *Las prácticas...*, pp. 126-159 y *El orden de los libros...*, especialmente pp. 23-40 y WITTMANN, Reinhard, “¿Hubo una revolución en la lectura a finales del siglo XVIII?”, en CAVALLO, Guglielmo y CHARTIER, Roger (dirs.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1997, pp. 437-472.

12. MANGUEL, Alberto, *Una historia de la lectura*, Madrid, 1998, p. 60.

13. CHARTIER, R., *Las prácticas...*, p. 126.

14. CHARTIER, R., *El orden de los libros...*, p. 36.

Mientras que los avances de la lectura silenciosa se van produciendo a lo largo de la Edad Media, la entrada de algunos lectores en el mundo de la lectura extensiva —este cambio no afecta a todos los lectores sino que es minoritario—, es mucho más tardía y no podemos considerarla asentada de forma amplia hasta finales del siglo XVIII¹⁵.

Otro cambio importante es la privatización de la práctica de la lectura, una de las principales evoluciones culturales de la modernidad. La lectura se efectúa en la intimidad, en un espacio sustraído a la comunidad, lo que permite la reflexión en solitario. Chartier considera esencial la contraposición entre la lectura en la intimidad, que es uno de los soportes esenciales de constitución de la esfera de lo privado y las lecturas colectivas, disciplinadas o rebeldes, de los espacios comunitarios¹⁶.

La conquista de la lectura en solitario hizo posibles nuevas formas de piedad y modificó las relaciones del hombre con la divinidad. El desarrollo de la *devotio moderna*, del protestantismo y de diversas nuevas formas de espiritualidad que suponen una relación más directa del individuo con la divinidad, se apoyaron en la lectura en silencio, en la lectura íntima de libros de religiosidad y de la Biblia. Por todo ello son muy significativos los avances de la alfabetización y también de la lectura en los países protestantes¹⁷, avances que están ligados a la difusión de la lectura privada de la Biblia, sobre todo a partir de la segunda reforma, que se plantea una relación individual con este libro sagrado, que pasa de ser un libro de pastores y bibliotecas parroquiales, a ser un libro de todos los fieles.

La lectura en silencio, al menos para las elites, es el compañero predilecto de la nueva intimidad. La biblioteca, para aquellos que pueden tenerla, es el lugar por excelencia de retiro, estudio y meditación en solitario. El vínculo entre presencia del libro, hábito de lectura e intimidad se afianza en el siglo XVII. Durante este siglo, la equivalencia entre lectura y ámbito privado está establecida¹⁸.

Coincidiendo con el triunfo de la privacidad en la vida cotidiana, se producen cambios en la casa, especialmente una nueva disposición de los espacios domésticos. Las habitaciones se reducen de tamaño y se especializan en usos diversos. En el siglo XVIII se delimitan, al menos en las casas de las clases altas, tres ambientes bien diferenciados: estancias para recibir, estancias de ocio y habitaciones para la vida cotidiana y el dominio de la intimidad, entre estas últimas aparecen espacios especializados como el estudio o gabinete, donde

15. WITTMANN, R., *¿Hubo una revolución...*, p. 439.

16. CHARTIER, R., *El orden de los libros...*, p. 36.

17. GILMONT, Jean François, “Reformas protestantes y lectura”, en *Historia de la lectura en el mundo occidental*, pp. 329-365.

18. CHARTIER, R., *Las prácticas...*, p. 144.

el propietario puede retirarse para escribir o leer un libro¹⁹. Al mismo tiempo, aparecen muebles pensados para la lectura, como la *chaise longue* o *duchesse*, cómodos, guarnecidos de cojines, que permiten tumbarse y leer relajadamente, así como vitrinas y estanterías para colocar los libros²⁰. Buenas muestras de estos nuevos ambientes pueden encontrarse en los testimonios gráficos que proporciona la pintura costumbrista de la época en las cuales llama la atención cómo la representación de la lectura, que hasta entonces había sido mayoritariamente masculina y religiosa, se laiciza y feminiza²¹.

Pero la generalización de la lectura en voz baja entre los más y mejor alfabetizados no significó la desaparición total de otras formas de lectura. La lectura en voz alta, pervivió con una doble función: en primera lugar comunicar lo escrito a aquellos que no sabían leer y en segundo lugar cimentar nuevas formas de sociabilidad entre los lectores, formas de sociabilidad que van desde charlas de sobremesa o nocturnas en la intimidad familiar, a tertulias más abiertas en salones, academias o sociedades de índole diversa, donde se leen textos en voz alta, sobre los que luego se discute e intercambian opiniones., propiciando nuevas formas de convivencia letrada²².

La práctica popular de la lectura en voz alta pervive durante la época moderna. Es una práctica bastante extendida, tanto en el mundo urbano como en el medio rural. El que sabe leer lee en voz alta para los que no saben leer o lo hacen con dificultad²³. En España era frecuente la lectura por este medio de libros de caballerías, pliegos sueltos o literatura de cordel, así como de impresos varios, disposiciones legales, de periódicos en las tabernas, cafés, etc.²⁴. Esto explica la fuerte penetración de la cultura impresa en el Antiguo Régimen, mucho mayor de lo que podría pensarse a través de las tasas de alfabetización.

También pervive la lectura en voz alta en la escuela y otros centros de enseñanza, en los conventos y comunidades religiosas y en el ámbito eclesiástico, en las prácticas litúrgicas, dirigidas tanto a personas alfabetizadas como a otras que no sabían leer. No hay que olvidar la estrecha relación que se establece en la Edad Moderna entre las distintas confesiones religiosas y la difusión de los

19. FRANCO RUBIO, Gloria, "La vivienda en la España Ilustrada: Habitabilidad, domesticidad y sociabilidad", en REY CASTELAO, Ofelia y LÓPEZ, Roberto J. (eds.), *El mundo urbano en el siglo de la Ilustración*, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 2009, II, p. 131.

20. FRANCO RUBIO, Gloria, *Cultura y mentalidad en la Edad Moderna*, Sevilla, Mergablum, 1998, p. 265.

21. CHARTIER, R., *Las prácticas...*, p. 144 y ss.

22. CHARTIER, R., *El orden de los libros...*, p. 29.

23. Aparecen testimonios de este tipo de lectura, por ejemplo, en *El Quijote*, BOUZA ÁLVAREZ, Fernando, *Del escribano a la biblioteca. La civilización escrita europea en la alta edad moderna (siglos XV-XVII)*, Madrid, Síntesis, 1992, p. 111.

24. CHEVALIER, M., *Lectura y lectores...*, p. 91 y CHARTIER, R., *Las prácticas...*, p. 155.

materiales impresos, especialmente libros de carácter religioso²⁵, así como la importante función que cumple el libro dentro del proceso disciplinador de la Iglesia y del Estado²⁶.

Además la lectura en voz alta, para los otros, sigue siendo también durante un tiempo considerable uno de los cimientos de la sociabilidad de las elites. La lectura en voz alta, que posibilita los comentarios, la discusión, el intercambio de pareceres ante un auditorio amplio, es muy característica de la sociabilidad de las elites más cultas. Oír leer y hablar de los libros son prácticas habituales entre lectores que suelen leer libros solos, en privado, pero que también practican este uso social del libro. En la época de los salones, Academias y Sociedades diversas, que representan formas de sociabilidad intelectual entre minorías selectas y preparadas, el libro se presta, se hojea, se lee en voz alta y se discute y comenta²⁷. Mención especial merecen en este sentido los gabinetes de lectura²⁸, nacidos por iniciativa privada o de diversas asociaciones, donde además de libros se encuentra la prensa periódica y publicaciones diversas de Academias y Sociedades. Suelen tener salas específicas para leer, cómodas y bien iluminadas, pero también otras que permiten la reunión y discusión. Glendinning ha señalado la existencia de estos gabinetes en los primeros años del siglo XIX en nuestro país en ciudades como Sevilla y Madrid, ligados a algunos periódicos en esta ciudad²⁹.

También en el ámbito de lo privado se practica la lectura en voz alta. En la intimidad familiar se realizan lecturas diversas. Buen ejemplo de ello es la lectura paterna y bíblica en los hogares protestantes, pero también se leen otros textos más ligados con el ocio; se lee en voz alta en las noches de invierno y en los viajes, se lee en voz alta a los enfermos y a los niños... La lectura articula diversas formas de sociabilidad.

En resumen, como señalara Chartier, la lectura en voz alta del libro cumplió dos funciones durante el Antiguo Régimen: hizo que gran cantidad de obras y géneros literarios –comedia humanista, novelas de caballerías, novela pastoril,

25. El “consumo social” de los libros de naturaleza religiosa se produce por igual tanto en las iglesias protestantes como en el mundo católico. Véase al respecto BOUZA, Fernando, “Leer para creer. Religión y cultura del libro en la Edad Moderna”, en CORTÉS PEÑA, Antonio Luis (coord.), *Historia del cristianismo. III. El mundo moderno*, Granada, Editorial Trotta-Universidad de Granada, 2006, pp. 637-679.

26. LABARRE, M. H., *Histoire du livre*, Paris, 1985, p. 76 y JULIA, Dominique, “Lecturas y contrarreforma”, en *Historia de la lectura...*, pp. 367-412.

27. FRANCO RUBIO, Gloria, “Espacios de sociabilidad, espacios de poder. Algunas reflexiones sobre la articulación de redes sociales en la España del siglo XVIII”, en MARTÍNEZ RUIZ, Enrique (coord.), *Vínculos y sociabilidades en España e Iberoamérica, siglos XVI-XIX*, Madrid, Universidad Complutense 2005, pp. 59-109.

28. FRANCO RUBIO, G., *Cultura y mentalidad...*, pp. 256-257.

29. GLENDINNING, Nigel, *Historia de la literatura española. Siglo XVIII*, Barcelona, Ariel, 1973, p. 35.

poesía lírica, etc.—, se difundieran a través de libros compuestos para una lectura oral y diseñó nuevas formas de sociabilidad conyugal, familiar, amistosa, mundana, sabia o popular³⁰.

3. LOS AVANCES DE LA EDICIÓN Y EL CONSUMO DE LIBROS

Los avances de la alfabetización y la lectura no habrían sido posibles sin un mayor desarrollo de la edición y el consumo de libros. Durante la época Moderna, tanto en España como en el resto de Europa se produjo un aumento imparable de ambos. No obstante, en nuestro país fue una constante la debilidad de la industria editorial, sin potencial ni medios técnicos para abastecer la demanda nacional, lo que llevaría a una situación de fuerte dependencia de la edición extranjera, especialmente durante los siglos XVI y XVII. Durante esta etapa no sólo se importaban la mayoría de los libros científicos, facultativos y litúrgicos de los principales centros editoriales europeos —Amberes, Lyon, Venecia o Roma—, sino que buena parte de la producción literaria española se editó en el extranjero³¹.

Durante el siglo XVIII, especialmente en la segunda mitad, la situación editorial española mejoró sustancialmente, aunque no se llegó a la autosuficiencia total. Continuó la importación de libros facultativos y científicos que perviviría durante todo el Antiguo Régimen, a pesar de las numerosas traducciones castellanas editadas en esta etapa. François López ha estudiado el avance de la edición española a lo largo del siglo. El número de libros editados en nuestro país se multiplicó, especialmente en las últimas décadas³². La aceleración del ritmo editorial se hace patente también en el número de títulos que aparecen anunciados en la Gaceta de Madrid, publicación periódica que sirvió, entre otras cosas, de vehículo publicitario de la producción impresa³³. En esta etapa también se incrementaron sustancialmente las traducciones de obras publicadas en el extranjero³⁴.

30. CHARTIER, Roger, *El mundo como representación*, Barcelona, 1992, pp. 140-141 y *Las prácticas...*, pp. 146-156.

31. Véase al respecto MOLL, Jaime, “Valoración de la industria editorial española del siglo XVI”, en *Livre et lectura en Espagne et en France sous l’Ancien Régime: Colloque de la Casa de Velázquez*, Paris, ADPE, 1981, pp. 79-84 e *Histoire du livre et de l’édition dans les pays ibériques: la dépendence*, Bordeaux, Presses Universitaires de Bordeaux, 1986.

32. LÓPEZ, F., “Libros y papeles”, *Bulletin Hispanique*, 1997, I, pp. 293-307 y ENCISO RECIO, Luis Miguel, *Libro y cultura en la España Ilustrada*, Madrid, Instituto de España, 2002, especialmente pp. 21-31.

33. GLENDINNING, N., *Historia de la literatura...*, apéndice D, pp. 201-202.

34. GARCÍA HURTADO, M. R., “La traducción en España, 1750-1800: cuantificación y lenguas de contacto”, en LAFARGA, Francisco (ed.), *La traducción en España (1750-1830): Lengua, literatura, cultura*, Lleida, Universidad, 1999, pp. 35-43.

Hasta mediados de siglo continúa la debilidad editorial de los siglos anteriores. En 1757 había impresores en 30 ciudades, pero sólo Madrid, Barcelona y Valencia tenían una industria solvente. Cádiz, Sevilla o Zaragoza tenían imprentas con menor entidad, el resto sólo podía imprimir folletos e impresos de poca calidad. En aquellos años en París había tantas imprentas como en toda España. La situación mejorará en la segunda mitad del siglo: en 1780 había unas 220 imprentas, repartidas por medio centenar de localidades³⁵. Con la multiplicación de la edición en España tuvo mucho que ver la legislación proteccionista promulgada al respecto, especialmente la prohibición de importar libros que estuvieran escritos en castellano, proclamada por el juez de imprentas Juan Curiel en 1752³⁶. Diez años más tarde el monopolio de impresión de libros litúrgicos, otorgado por Felipe II a la imprenta de Amberes de Plantino y sus herederos los Moreto, fue anulado. El número de imprentas madrileñas que entonces ascendía a 40, superó la cifra de 200 a fines de la centuria³⁷. A partir de 1760 la creación de la *Real Compañía de Impresores y Libreros del Reyno* posibilitó la edición a mayor escala, que continuarían algunas sólidas empresas como las imprentas Sancha³⁸, Ibarra³⁹, Pedro Marín o Benito Cano en Madrid, que, junto con la Imprenta Real⁴⁰, presentan las producciones más destacables. La ciudad de Madrid se convirtió en estos años en la principal abastecedora de libros en castellano de todo el país. Incluso las universidades, que no se vieron afectadas por la prohibición de importar pues los libros facultativos estaban en su mayoría en latín, se abastecían cada vez más de libros científicos en castellano, traducciones de libros extranjeros editadas en Madrid en su mayor parte.

Con los avances editoriales no solo se multiplicó el número de libros editados, sino que aumentaron las tiradas y las reediciones. Hubo auténticos *best seller* que alcanzaron un número de reediciones muy elevado: así el *Promptuario de Teología moral* del dominico Larraga fue objeto de 59 ediciones a lo largo del siglo, *Gritos del Purgatorio* de Boneta 23, o *La familia regulada* del fran-

35. SAAVEDRA, Pegerto y SOBRADO, Hortensio, *El siglo de las luces. Cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2004, pp. 138-139.

36. *Ibid.*, p. 141.

37. LÓPEZ, François, *Lisants et lectures...*, p. 146.

38. COTARELO, E., *Un gran editor español del siglo XVIII. Biografía de don Antonio Sancha*, Madrid, 1924 y sobre todo RODRÍGUEZ MOÑINO, A., *La imprenta de don Antonio de Sancha (1771-1790). Primer intento de una guía bibliográfica para uso de coleccionistas y libreros*, Madrid, Castalia, 1972.

39. RUIZ LASALA, I., *Joaquín Ibarra y Marín (1725-1785)*, Zaragoza, 1968.

40. MORALES BARRERO, Consolación, *La imprenta real de Madrid desde su fundación hasta fines del siglo XVII*, Madrid, CSIC, 1976 y ENCISO RECIO, Luis Miguel, “La imprenta real a fines del siglo XVIII (1762-1795)”, *Revista de la Universidad de Madrid*, III, núm. 73, 1971, pp. 169-193.

ciscano Arbiol 17⁴¹. Como puede observarse, se trata en los tres casos de libros de temática religiosa. También fue reeditada repetidamente la literatura del siglo de oro: el *Quijote* tuvo 49 ediciones, las *Novelas ejemplares* 22, o el *Libro de la oración* de Fray Luis de Granada 52⁴². Tampoco hay que olvidar el desarrollo de la prensa periódica⁴³, que, aunque con dificultades para su consolidación y con publicación irregular, tendrá lugar sobre todo a partir del reinado de Fernando VI, que incidirá de forma espectacular en el incremento del número de lectores. Los periódicos con tiradas de entre 500 y 1.500 ejemplares, podían ser leídos por entre 5.000 y 15.000 lectores, que, según las listas de suscriptores que aparecen en algunos de ellos, se reclutaban entre las clases medias, profesiones liberales, administración civil y militar, comerciantes y docentes; los suscriptores del clero y la nobleza eran excepcionales. De todos modos no debe olvidarse que buena parte de esta prensa, especialmente la de carácter informativo, podía leerse en voz alta en lugares públicos, como los cafés, aumentando así exponencialmente el número de lectores.

Más sólido que la producción editorial era el comercio del libro. Junto a los impresores-libreros⁴⁴, muy frecuentes entonces, estaban los comerciantes de libros con tienda estable. En la segunda mitad de siglo había unas 180 librerías en todo el país. Es posible imaginar lo que se vendía en estas librerías a partir de algunos inventarios que se hicieron con motivo del traspaso de la propiedad de alguna de ellas y de los catálogos de librería que editaban las más importantes y que se fueron haciendo cada vez más frecuentes en la segunda mitad de siglo. Se conocen inventarios y catálogos de librerías de Madrid, Sevilla, Valencia o Salamanca⁴⁵. La oferta de libros, según estos catálogos, no era demasiado brillante. El material más abundante solía ser cartillas de primeras letras, estampas, pliegos de cordel, calendarios y folletos varios, junto a catecismos y libros de devoción, que eran las obras de consumo más masivo. El avance de la alfabetización in-

41. SAAVEDRA, P. y SOBRADO, H., *El siglo de las luces. Cultura y vida cotidiana...*, p. 169.

42. GLENDINNING, N., *Historia de la literatura...* apéndice C, p. 200.

43. Véase al respecto GUINARD, Paul, *La presse espagnole de 1737 à 1791. Formation et signification d'un genre*, Paris, Centre des Recherches Hispaniques, 1973; SÁIZ, M.^a Dolores, *Historia del periodismo en España. I. Los orígenes. El siglo XVIII*, Madrid, Alianza Universidad, 1987 y URZAINQUI, Inmaculada, "Un nuevo instrumento cultural: La prensa periódica", en ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín, LÓPEZ, François y URZAINQUI, Inmaculada, *La República de las Letras en la España del Siglo XVIII*, Madrid, CSIC, 1995, pp. 125-216.

44. Un caso muy representativo es el impresor y librero madrileño Francisco Manuel de Mena, que contaba con tienda propia en Madrid y publicaba en la Gaceta anuncios de los libros que tenía a la venta. Véase MESTRE, Antonio, "Francisco Manuel de Mena: la ascensión social de un mercader de libros proveedor de la elite ilustrada", en *Libros, libreros y lectores*. Monográfico de *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 1984, pp. 47-72.

45. RODRIGUEZ MOÑINO, Antonio, *Catálogo de libreros españoles (1661-1840)*. Estudio bibliográfico, Madrid, Langa, 1966.

crementó la edición de literatura popular: romances, almanaques, pronósticos, calendarios y comedias sueltas, aunque esta producción, al menos en la corte, era vendida en régimen monopolístico por los ciegos. La gran producción bibliográfica, con frecuencia editada fuera de nuestro país, se compraba a través de catálogos de libreros extranjeros, o a través de correspondencia directa con los editores. El caso de Mayans y sus relaciones epistolares con los libreros es un buen ejemplo de ello⁴⁶.

El avance en el consumo de libros no habría sido posible sin la mejora de las condiciones económicas generales y al mismo tiempo del abaratamiento del libro. En general el libro siguió siendo durante todo el siglo un producto caro, pero el aumento del número de ejemplares por edición y la adopción de formatos más pequeños abarató, sin duda, su precio. Sobre las tiradas que alcanzan las ediciones durante el siglo, no sabemos demasiado, aunque parece que tendieron a ampliarse, más evidente es la reducción del formato. Frente a los libros grandes, infolios o libros en cuarto o cuarto mayor, que son los dominantes en la época renacentista, sobre todo en los libros facultativos y científicos, ahora se utilizan cada vez formatos más pequeños, especialmente en lo que se refiere a las obras de ocio y esparcimiento –literatura y lectura espiritual, porque de esta forma puede ser también interpretada ésta última– en octavo, octavo menor, dozavo e incluso dieciseisavo, que, naturalmente, tienen un precio menor. Estos libros de bolsillo se hacen muy populares y contribuyen a difundir la práctica de la lectura en escenarios muy variados: se lee en el campo, en los paseos, en los ratos de espera en cualquier lugar... Aunque el formato del libro está muy relacionado con la materia y todavía se siguen editando libros científicos y facultativos en grandes formatos y a precios altos, superiores a 100 ó 200 reales, los libros de consumo más frecuente solían venderse en ediciones baratas. Así encontramos romances, comedias y pliegos de cordel a un real, u obras de devoción muy populares a 2 ó 3 reales (Arbiol, Kempis o Nieremberg). Incluso obras literarias como las *Novelas ejemplares* se vendían a precios como 4 ó 6 reales. También hay que tener en cuenta que el mercado del libro usado estaba muy extendido. Los libros con frecuencia se compraban en encantos y almonedas, que tenían lugar con motivo de la muerte de sus poseedores. En este caso la posibilidad de comprar libros a un precio muy asequible era mayor.

Por último, hay que tener en cuenta que el consumo de libros no se reduce a los libros poseídos sino que el libro es un objeto que con frecuencia se presta y también que puede leerse en bibliotecas públicas. Los testimonios de préstamos entre particulares⁴⁷ son abundantísimos en diarios, memorias y

46. MAYANS Y SISCAR, Gregorio, *Epistolario. XII: Mayans y los libreros*. Transcripción y estudio preliminar por Antonio Mestre, Valencia, Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, 1993.

47. Fernando Bouza ha encontrado, por ejemplo, testimonios de los préstamos realizados por Juan Pérez del Mármol en la Granada de comienzos del siglo XVII, *Del escribano a la biblioteca...*, p. 112.

correspondencias privadas de la época. También hay que tener en cuenta la existencia de una importante red de bibliotecas institucionales, episcopales, de conventos, universidades, etc., que en el siglo XVIII se vería incrementada por las bibliotecas creadas por Academias, Sociedades Económicas y otras instituciones culturales tan características de la etapa⁴⁸. Aunque en principio todas ellas eran de uso privado para sus miembros, hay constancia de que realizaban préstamos a particulares. A finales del siglo XVIII algunas de ellas comenzaron a transformarse en bibliotecas públicas. Muy características de la etapa son las bibliotecas de préstamo y los gabinetes de lectura. En nuestro país no tuvieron el desarrollo que en Inglaterra, Francia o Alemania, pero sabemos que existieron en ciudades como Madrid, Sevilla o Cádiz.

4. LA DIFUSIÓN DE LA PRÁCTICA DE LA LECTURA: LA POSESIÓN DE LIBROS

El incremento del número de lectores que, aunque con algunos retrocesos parciales, se produce a lo largo de la Edad Moderna se plasma en la posesión privada de libros por parte de particulares. A menudo se ha identificado la posesión del libro como una marca de diferenciación cultural. El estudio de los *inventarios post mortem* de forma serial permite conocer la presencia desigual del libro en distintos hogares, en base a factores territoriales, sociales y temporales: los libros abundan más en las ciudades y villas que en el mundo rural, en los grupos acomodados que en las clases populares y se van haciendo un objeto cada vez más frecuente a lo largo de la Edad Moderna.

Para nuestro país, hay un número relativamente importante de estudios seriales sobre la presencia del libro en determinadas ciudades o regiones, muchos de ellos referidos al siglo XVIII. Comenzaron estos estudios a principios de la década de los ochenta, siendo pioneros los trabajos de Baudilio Barrerio y Ofelia Rey sobre las clases urbanas y el clero gallegos⁴⁹, y los de Álvarez

48. Están muy bien estudiadas las de Galicia: REY CASTELAO, Ofelia, "Las bibliotecas institucionales en la Galicia de fines del Antiguo Régimen", en FERNÁNDEZ ALBALADEJO, Pablo y ORTEGA LÓPEZ, Margarita, *Antiguo Régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola*, Madrid, Alianza, 1995, vol. III, pp. 583-594 y sobre todo en la obra de la misma autora *Libros y lectura en Galicia. Siglos XVI-XIX*, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 2003, pp. 147-487.

49. BARREIRO MALLÓN, Baudilio, "Las clases urbanas compostelanas en el siglo XVIII: definición de un estilo de vida y de pensamiento", en EIRAS ROEL, Antonio (ed.), *La historia social de Galicia en sus fuentes de protocolos*, Santiago de Compostela, Universidad, 1981, pp. 449-494 y REY CASTELAO, Ofelia, "El clero urbano compostelano a fines del siglo XVIII: mentalidades y hábitos culturales", *ibid.*, pp. 495-519.

Santaló para Sevilla⁵⁰. Después se sucedieron monografías sobre ciudades y regiones concretas. Destacan los estudios realizados sobre Barcelona (Francisco Javier Burgos Rincón)⁵¹, Canarias (Manuel Lobo Cabrera)⁵² Girona (Javier Antón Pelayo)⁵³, Huelva (David González Cruz)⁵⁴, León (Jean Marc Buigues)⁵⁵, Oviedo (Roberto López López)⁵⁶, Salamanca (Angel Weruaga)⁵⁷, y Valencia (Genaro Lamarca)⁵⁸. Un balance de lo investigado en casi veinte años lo constituyó el número monográfico de *Bulletin Hispanique* correspondiente al primer número de 1997⁵⁹. Posteriormente Enciso Recio ofreció una síntesis sobre buena parte de estos estudios en su Discurso de entrada en la Real Academia de la Historia⁶⁰. Gracias a estos trabajos sabemos que los grupos socio-profesionales más familiarizados con la posesión del libro eran los eclesiásticos, altos funcionarios, abogados, médicos y la nobleza. Estos grupos coinciden básicamente con los se encuentran entre los suscriptores de obras periódicas como el *Semanario Erudito*, *El correo de los ciegos*, u otras colecciones de diversos volúmenes que se publicaron por entregas –Obras de Torres de Villarroel, Iriarte, Lope, etc.–, estudiadas por Glendinning⁶¹. Artesanos modestos, jornaleros o criados poseían

50. ÁLVAREZ SANTALÓ, León Carlos, “Librerías y bibliotecas en la Sevilla del siglo XVIII, en EIRAS ROEL, Antonio (ed.), *La documentación notarial y la Historia. Actas del II Coloquio de Metodología Histórica Aplicada*, Santiago de Compostela, 1984, pp. 165-185.

51. BURGOS RINCÓN, Francisco Javier, *Imprenta y cultura del libro en la Barcelona del Setecientos (1680-1808)*. Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona, 1993.

52. LOBO CABRERA, Manuel, “El libro y la lectura en Canarias en la Edad Moderna”, *Studia Historica. Historia Moderna*, núm. 16, 1997, pp. 155-175.

53. ANTÓN PELAYO, Javier, *La herencia cultural. Alfabetización y lectura en la ciudad de Girona (1747-1808)*, Barcelona, 1988.

54. GONZÁLEZ CRUZ, David, *Familia y educación en la Huelva del siglo XVIII*, Huelva, Universidad, 1995, pp. 331-349.

55. BUIGUES, Jean Marc, “Los libros leoneses de la Edad Moderna”, *Bulletin Hispanique*, t. 99, 1997, I, pp. 211-229.

56. LÓPEZ, Roberto J., “Lectores y lecturas en Oviedo durante el Antiguo Régimen”, en *I Congreso de Bibliografía Asturiana*, Oviedo, 1992, vol. II, pp. 781-801.

57. WERUAGA PRIETO, Ángel, *Libros y lectura en Salamanca: del Barroco a la Ilustración (1650-1725)*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1993 y del mismo autor: *Lectores y bibliotecas en la Salamanca moderna (1600-1789)*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 2008.

58. LAMARCA LANGA, Genaro, *La cultura del libro en la época de la Ilustración: Valencia, 1740-1808*, Valencia, 1994.

59. *Les livres des espagnols à l'Époque Moderne*, *Bulletin Hispanique*, t. 99, 1997, I. Contiene, entre otros, trabajos regionales relativos al siglo XVIII sobre: el Norte de España (Baudilio Barreiro), Sevilla (Santaló), Cataluña (García Cárcel), Valencia (Genaro Lamarca), León (Jean Marc Buigues), Aragón (Manuel José Pedraza), Murcia (Antonio Viñao) y Extremadura (Isabel Testón).

60. ENCISO RECIO, Luís Miguel, *Barroco e Ilustración en las bibliotecas privadas españolas del siglo XVIII*, Madrid, 2002, pp. 51-103.

61. GLENDINNING, N., *Historia de la Literatura española. El siglo XVIII*, Barcelona, Ariel, 1973, pp.

libros muy raramente y cuando esto ocurría se trataba de pocos y baratos volúmenes, adquiridos en almonedas o encantos.

No han faltado tampoco trabajos que, al hacer un estudio monográfico sobre un grupo social concreto, abordan también la posesión del libro por parte de este grupo, a través de las huellas dejadas sobre todo en testamentos e inventarios *post mortem*. En este sentido hay que destacar el pionero trabajo de Janine Fayard sobre los consejeros de Castilla, que dedica un apartado a sus lecturas y bibliotecas⁶². Estudia concretamente 31 bibliotecas, la mayoría del siglo XVII, sólo ocho de ellas corresponden al siglo que estamos estudiando aquí. Al lado de bibliotecas extraordinarias, como las de Lorenzo Ramírez de Prado (casi 9000 títulos), Pedro Núñez de Guzmán (valorada en más de 176.000 reales) o Diego de Arce y Reinoso (3.880 títulos), había otras mucho más modestas, pues en general los libros representaban una pequeña parte dentro de las haciendas de estos magistrados. Además de recoger un cuadro con el nombre del propietario, número de títulos y volúmenes, precio total de la biblioteca y año de la fuente, distribuye los títulos encontrados en cada una de ellas en tres grandes materias: Derecho Canónico y Civil y Jurisprudencia, Teología y Moral, Historia y Literatura. Por término medio un 60 por ciento de los libros de los magistrados están relacionados con el Derecho y la Jurisprudencia. La Teología y las obras de devoción por una parte y la Historia y literatura se reparten el resto, con un ligero predominio de las obras morales y religiosas. Fayard estudia las obras más frecuentes, así como los idiomas en que están escritas. Se trata de bibliotecas que son, ante todo, instrumentos de trabajo.

En el mismo sentido Ramón Maruri, al estudiar la burguesía mercantil santanderina, dedicó un capítulo a sus bibliotecas⁶³. Para el siglo XVIII analiza siete pequeñas bibliotecas de comerciantes santanderinos, representativas de los comerciantes de “casa-tienda”, pero ninguna de grandes comerciantes ligados al comercio colonial o europeo, pues no halló los inventarios de bienes de los hombres más representativos del comercio santanderino. Son pequeñas librerías —una docena de libros de media—, donde más de la mitad de los libros son religiosos y de moral, les siguen en importancia las obras de Historia y Geografía, Derecho y Política y donde tienen muy poca importancia las obras de Economía, incluso las relacionadas con la profesión de comerciante. La situación mejora algo en los inventarios correspondientes a la primera mitad del siglo XIX. De 34 inventarios de comerciantes encontrados, tienen libros 16 y la media de libros asciende algo, aunque las bibliotecas siguen siendo pequeñas, de una treintena

62. FAYARD, Janine, *Los miembros del Consejo de Castilla (1621-1746)*, Madrid, Siglo XXI, 1982, pp. 461-477.

63. MARURI VILLANUEVA, Ramón, *La burguesía mercantil santanderina, 1700-1850*, Santander, Universidad de Cantabria, 1990, pp. 236-254.

de libros aproximadamente. El contenido se diversifica: los libros religiosos disminuyen, mientras que aumentan las obras literarias y las obras religiosas encontradas muestran un enfoque cercano a la religiosidad ilustrada. En el apartado de Economía la situación mejora algo, apareciendo obras más interesantes desde el punto de vista de la formación del grupo. Puede apreciarse por tanto una cierta ampliación del mundo cultural de estos comerciantes cántabros.

Más amplia es la muestra utilizada por Jorge Antonio Catalá y Juan José Bohigues al aproximarse a las lecturas de la nobleza valenciana durante el XVIII⁶⁴. El estudio se hace sobre catorce bibliotecas nobiliarias, encontradas en inventarios *post mortem* realizados entre 1700 y 1820 que recogen un total de 2.293 títulos de libros, que corresponden a bibliotecas heredadas, en su mayor parte. Divididos éstos en cuatro grandes bloques: Religión, Historia, Literatura y Derecho, el libro religioso es dominante, casi un 30 por ciento, sobre todo en su vertiente pía y devota, especialmente en las mujeres. La historia ocupa un puesto de honor, con más del 22 por ciento, destacando de forma especial la historia civil. Otro rasgo destacable es la presencia del pensamiento político barroco y de la legislación foral y local, heredada en su mayor parte. El escaso interés por los saberes científicos y filosóficos, así como la afición a la literatura de evasión completan un panorama en el que predomina el castellano en más del 80 por ciento del conjunto y en el que el catalán apenas está representado.

Son algunos ejemplos de posesión del libro. De todas maneras, no se puede reducir el acceso a la lectura con la mera posesión del libro. Todo libro leído no es necesariamente poseído, funcionaban los préstamos, las lecturas en bibliotecas públicas, etc., como ya se ha señalado. Tampoco todo libro poseído significa siempre libro leído, en algunos casos los libros encontrados en los inventarios *post mortem* podían ser tenidos como un objeto más en propiedad, objeto que además confiere a su propietario un cierto prestigio social. Incluso en el caso de auténticas bibliotecas, no hay que olvidar tampoco que la tenencia de libros puede responder en algunos casos a un indicador de prestigio social.

5. LAS BIBLIOTECAS PRIVADAS

Antes de centrarnos en el estudio de las bibliotecas privadas hay que tener en cuenta que en el siglo XVIII la palabra biblioteca era un término polisémico que remitía a tres acepciones diferentes. La biblioteca era en primer lugar el espacio destinado a colocar los libros, así como los propios libros que este

64. CATALÁ SANZ, Jorge Antonio y BOHIGUES PALOMARES, Juan José, "Bibliotecas nobiliarias: Una aproximación a las lecturas de la nobleza valenciana en el siglo XVIII", *Estudis*, núm. 14, 1988, pp. 103-144.

espacio albergaba; en segundo lugar, se llamaba biblioteca a una colección de obras de la misma naturaleza, y por último el término biblioteca se aplicaba a aquellos libros que constituían catálogos de otros libros de diversa temática⁶⁵. Voy a referirme a bibliotecas en su primera acepción, que es en el sentido que ha pervivido en la actualidad, término que convive en la época con su sinónimo *librería*, que no tenía el significado actual.

Desde la aparición de la imprenta, la multiplicación del libro dio lugar a la bibliofilia, es decir, al amor al libro como objeto, así como a la constitución de importantes bibliotecas privadas, algunas de ellas muy notables. Manuel Sánchez Mariana, ha recogido en una apretada síntesis un prontuario de bibliófilos españoles, haciendo mención a los más importantes⁶⁶. Aunque el fenómeno se produce desde el Renacimiento, durante el siglo XVIII la formación de bibliotecas se hace más corriente y se extiende a capas cada vez más amplias de la sociedad. Durante esta centuria la mayor parte de los intelectuales —escritores, eruditos, artistas, etc.— tuvieron sus propias bibliotecas. Aunque la gran novedad de la centuria, con respecto a etapas anteriores, fue el gran desarrollo de las bibliotecas institucionales —un buen exponente en este sentido será la creación en 1716 de la Real Biblioteca, o las de otras instituciones como las Reales Academias y las Sociedades Económicas de Amigos del País—, no es en estas bibliotecas institucionales en las que voy a detenerme.

La importancia del estudio de las bibliotecas privadas ha sido señalada por la historiografía. Es bastante expresiva la opinión de Marañón quien afirma: "... los libros que cada cual escoge para su recreo, para su instrucción, incluso para su vanidad, son verdaderas huellas dactilares de su espíritu"⁶⁷. Sin llegar a ese entusiasmo por el estudio de esta fuente, pienso como Santaló que "la biblioteca puede señalar lo que lee, quiere leer o cree que debe leer (o incluso simplemente tener) una persona", al tiempo que comparto su lúcida apreciación de que una biblioteca no es "causa, sino más bien efecto de las escalas de valores personales, profesionales o estamentales" de su dueño⁶⁸.

En 1787 la Academia de Inscripciones y Bellas letras de París enviaba a nuestro país un interrogatorio acerca de las bibliotecas públicas y particulares existentes en España. Pedro Rodríguez de Campomanes fue el encargado de contestarlo. En su informe, que constituye una de las más antiguas panorámicas de las bibliotecas españolas, además de referirse a algunas bibliotecas públicas como la Real Librería o la biblioteca de los Reales estudios de San Isidro,

65. CHARTIER, R., "Bibliotecas sin muros", en *El orden de los libros...*, pp. 72-75.

66. SÁNCHEZ MARIANA, Manuel, *Bibliófilos españoles. Desde sus orígenes hasta los albores del siglo XX*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1993.

67. MARAÑÓN, Gregorio, "La biblioteca del Conde Duque", *B.R.A.H.*, t. 107, 1937, pp. 673-677.

68. ÁLVAREZ SANTALÓ, *Librerías y bibliotecas en la Sevilla...*, p. 169.

enumera unas cincuenta bibliotecas privadas, de nobles, prelados y clérigos, así como de altos funcionarios de la administración, en especial miembros de los Consejos⁶⁹. No cabe duda de que Campomanes, que además de su importante faceta política, era un erudito y bibliófilo notable, conocía bien el tema. Se hace eco de las bibliotecas más importantes de la época, aunque no las reseña todas y tiene algunos olvidos significativos.

Hasta el momento actual tenemos estudios solventes sobre varias decenas de estas bibliotecas privadas, entre cuyos dueños encontramos personalidades de estas bibliotecas privadas, como algunas de las figuras más relevantes de la Ilustración y de la ciencia españolas del momento, algunos artistas, e ilustres miembros de la administración estatal, así como otros personajes más secundarios, individuos de la nobleza, miembros del clero, o algunos burgueses⁷⁰.

5.1. *Algunas bibliotecas nobiliarias*

En este selecto grupo encontramos algunas bibliotecas nobiliarias. Desde el siglo XVII se había desarrollado entre algunos destacados miembros de la nobleza el afán por constituir importantes colecciones artísticas y notables bibliotecas. El Conde Duque de Olivares, el Conde de Gondomar, el Duque de Uceda consiguieron formar algunas de las más sobresalientes. Durante el siglo XVIII, aunque no se puede considerar a la nobleza como un grupo especialmente ilustrado, no faltaron entre sus miembros buenos ejemplos de amantes de la cultura, auténticos bibliófilos en ocasiones, que atesoraron valiosísimas bibliotecas.

Gaspar Ibáñez de Segovia y Peralta, marqués de Mondéjar y destacado miembro del movimiento de “los novatores”, poseía una importante biblioteca, de más de ocho mil volúmenes, según el catálogo conservado en la Biblioteca Nacional, realizado con motivo de su incautación por las tropas de Felipe V durante la guerra de sucesión y su integración en la Real Biblioteca. No se ha realizado un estudio de conjunto sobre ella, Gregorio de Andrés ha publicado tan sólo el catálogo de sus manuscritos⁷¹. Este notable cultivador de la historiografía crítica, amigo de Nicolás Antonio, Lucas Cortés, el cardenal Sáenz de Aguirre, el deán Martí, etc., y corresponsal asiduo de los más destacados historiadores como Baluze, Mabillon, Papebroch, etc., sostenía una notable tertulia literaria en

69. GARCÍA MORALES, Justo, “Un informe de Campomanes sobre las bibliotecas españolas”, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, núm. 75, pp. 95-126.

70. Un elenco de estas bibliotecas individuales ha sido recogido por Luís Miguel Enciso en su trabajo *Barroco e Ilustración...*, citado más arriba.

71. ANDRÉS, Gregorio de, “La bibliofilia del marqués de Mondéjar”, en *I Jornadas de Bibliografía*, Madrid, 1977, pp. 583-602.

su casa de Madrid. Adquirió su biblioteca llevado por el interés científico por la historia, aprovechando sus medios económicos y la ocasión que le brindaron las almonedas, lo que le permitió hacerse con códices y manuscritos de las notables colecciones de Arias Montano, el Conde-Duque o el Inquisidor General Arce y Reinoso. Generoso con sus libros, están documentadas numerosos préstamos a Nicolás Antonio, al cardenal Sáenz de Aguirre o al francés Esteban Baluze.

Don Giner Rabasa de Perellós y Rocafull, primer marqués de Dos Aguas, poseyó una importante biblioteca familiar, probablemente iniciada por su abuelo, continuada por su padre y notablemente engrandecida por él mismo, que en 1707 comprendía 2.723 volúmenes, aunque sólo se ha conservado el inventario correspondiente a 1.889 de ellos, que corresponden a 1.544 títulos⁷². Representa un claro modelo de biblioteca nobiliaria española. Comprende cuatro grandes materias: Religión, Política, Historia y Literatura, y en menor medida obras científicas y filosóficas. Los libros religiosos –Biblias, Santos Padres, catequesis, hagiografía, devocionarios y textos litúrgicos– comprenden algo más de la quinta parte del conjunto. Los textos de Pensamiento Político y Derecho, no llegan al 10 %, la Historia, materia muy apreciada por la nobleza en general –tanto eclesiástica, como civil, Arqueología, ciencias auxiliares, etc.–, constituye la cuarta parte, mientras que las obras literarias –clásicos grecolatinos, Literatura española y extranjera, gramáticas y diccionarios–, constituyen una tercera parte del conjunto. La Filosofía y materias científicas en sentido estricto, alcanzan una décima parte de los fondos. El castellano es la lengua de dos terceras partes de éstos y, además de textos latinos, los hay en italiano, francés y portugués. Dos terceras partes de los libros están editados en España.

Esta biblioteca constituye un buen modelo de la cultura barroca. La literatura política de la época: –Maquiavelo y sus detractores, corrientes de pensamiento como el tacitismo y el senequismo, la literatura emblemática– está presente, así como de la historiografía barroca y todas las corrientes literarias de esta etapa –género pastoril, diálogos, novelas de caballerías y picarescas, poesía renacentista, ascética y mística–. Las obras de Quevedo y Gracián están solidamente representadas.

Un coleccionista y bibliófilo notable fue el octavo duque de Veragua, don Pedro Nuño Manuel Florentín, caballero de Santiago y Virrey de Navarra y de Cerdeña. Conocemos sus libros y colecciones artísticas gracias a su testamento, otorgado en 1733⁷³. Además de ser dueño de una valiosa colección de pintura, relicarios, relojes y armas, poseía una discreta biblioteca, que agrupaba

72. CATALÁ SANZ, Jorge Antonio y BOIGUES PALOMARES, Juan José, *La Biblioteca del primer Marqués de Dos Aguas, 1707*, Valencia, 1992.

73. BARRIO MOYA, José Luis, “Las colecciones artísticas y la biblioteca del octavo duque de Veragua (1734)”, *Academia*, núm. 63, 1986, pp. 325-348.

un centenar de títulos. Los libros de Historia eran los más abundantes, pero no faltaban algunas obras literarias, libros de devoción, e incluso alguna obra de Matemáticas o Geografía. Más de la mitad de los títulos se corresponden a ediciones extranjeras. Son frecuentes las obras en italiano, tanto históricas (Giovio, Sansovino, Baronio, Guicciardini, etc.), como otras muchas relaciones de acontecimientos contemporáneos y de temática relacionada sobre todo con Sicilia. No faltan tampoco las obras en francés (Calmet, Labroue, Daubenton, etc.). En definitiva, una biblioteca que sin ser extraordinaria, muestra un grado de especialización y de apertura notables.

Otro de los nobles bibliófilos más destacados fue, sin duda, don Miguel Espinosa Maldonado Saavedra, segundo conde del Águila, caballero de Santiago y alcalde mayor de Sevilla. A juicio de Aguilar Piñal poseía la mejor biblioteca privada de esta ciudad⁷⁴. No se trataba de la biblioteca de un mero coleccionista, sino de alguien con auténtico interés por la cultura, la erudición histórica, la ciencia y las Bellas Artes. Su correspondencia con Jovellanos, Campomanes, Sarmiento, Burriel o Mayans así lo atestigua. Con regularidad solicitaba libros a sus agentes en Madrid y Lisboa que lo aprovisionaban de novedades editoriales y de joyas bibliográficas procedentes de bibliotecas privadas puestas a la venta.

El inventario de su biblioteca, realizado en 1786, dos años después de su fallecimiento, arroja un balance de 4.404 títulos, con un total de 7.477 volúmenes impresos, además de una notable colección de manuscritos. Aproximadamente la mitad de los libros estaban editados en castellano y en su mayoría eran ediciones originales. Pero casi una quinta parte de los textos eran franceses y parecida proporción tenían los textos italianos y latinos, a la vez que tenía también una proporción significativa de libros portugueses. Poseía más de una veintena de incunables, la mayoría editados en el extranjero, lo mejor de la literatura grecolatina –incluso en ediciones francesas e italianas–, así como las obras más representativas del humanismo italiano, de la Literatura francesa y de la revolución científica de los siglos XVI y XVII, además de enciclopedias y obras de consulta, así como abundantes memorias de las principales organizaciones científicas –Academias de Inscripciones y Ciencias de París, Memorias de Trevoux–, atlas, diccionarios y otros instrumentos de trabajo. Una completa biblioteca que abarcaba materias tan diversas como la Bibliografía, Historia, Genealogía, Numismática, libros de viajes, Filosofía, Teología, Filología, Bellas Artes, hasta temas de carácter científico como Historia natural, Matemáticas, Física, técnica y ciencia militar. Un ejemplo paradigmático de noble ilustrado, respetuoso con la ortodoxia religiosa y con la tradición política, buen ejemplo de

74. AGUILAR PIÑAL, Francisco, “Una biblioteca dieciochesca: la sevillana del Conde del Águila”, *Cuadernos Bibliográficos*, núm. 31, 1978, pp. 142-162.

la ilustración oficial española, pues en ella faltan las obras más representativas del enciclopedismo francés.

También tenemos noticias de bibliotecas nobiliarias más modestas, como la del licenciado Francisco Javier de Represa y Salas, un hidalgo de la Tierra de Campos vallisoletana que, tras ejercer como abogado y alcalde entregador de la Mesta, se retiró al cuidado de su hacienda. La conocemos gracias a la tasación de sus bienes realizada en 1781⁷⁵. Este hombre, de formación jurista, tenía curiosidad por las Matemáticas, la Meteorología, la Geografía, el Arte y la Música. Su librería era modesta, 114 títulos y unos 200 volúmenes, algunos de diversos idiomas: latín, francés, italiano. Su conocimiento de estas lenguas le permitía acercarse a las novedades de las ciencias y de las letras. Entre las obras en francés destacan autores como Boileau, Rousseau, Voltaire o Bossuet, así como publicaciones periodísticas como el *Mercure* de París. También leía en italiano a Petrarca o Valsechi y en latín a los clásicos. Su biblioteca da el perfil de un erudito conservador, bastante alejado de los planteamientos ilustrados más radicales.

5.2. Bibliotecas de clérigos

Es bien sabido que el clero, por motivos profesionales y culturales, es uno de los colectivos más proclives a la utilización del libro. Incluso entre miembros de órdenes religiosas, que en principio no tenían bienes en propiedad, encontramos algo bastante parecido a bibliotecas privadas, es decir, libros de uso exclusivo, que les acompañan a lo largo de toda su vida y que revierten a la comunidad tras su muerte. Vamos a analizar algunas de estas bibliotecas clericales que hasta ahora han sido estudiadas, entre las que se encuentran las de algunas figuras relevantes de la Ilustración española.

Pese a las limitaciones que le imponía su condición de religioso, sabemos que Feijoo consiguió rodearse de una biblioteca nada despreciable⁷⁶. Hevia Ballina ha procedido a su reconstrucción, basándose en las listas de sus libros procedentes del monasterio de Samos –su lugar de profesión y, por tanto, de destino final de sus libros a su muerte– y en las alusiones en sus textos a los libros poseídos o leídos. Aunque no se trata de una librería especialmente copiosa

75. REPRESA, Amado, “La biblioteca de un hidalgo rural en el siglo XVIII”, *Hidalguía*, XXIV, 1976, pp. 309-320.

76. HEVIA BALLINA, Agustín, “Hacia una reconstrucción de la librería particular del P. Feijoo”, *Studium Ovetense*, IV, 1976, pp. 138-186 y “La biblioteca clásica del P. Feijoo”, en *II Simposio sobre el Padre Feijoo y su siglo*, Oviedo, Universidad, 1981.

—en los inventarios se recogen sólo 76 títulos y 530 volúmenes—, destaca sobre todo por su riqueza en materias muy diversas. La presencia de libros extranjeros es bastante notable. Tan sólo 11 títulos están editados en España. El francés es la lengua dominante, de la lista ofrecida 44 títulos están en francés, 23 en latín y el resto en español.

En materia eclesiástica destaca la presencia de importantes obras foráneas, la mayoría bastante modernas: colección regia de concilios, editada en París en 1714-15; comentarios escriturísticos de Cornelio Alapide, editados en Amberes, el Diccionario histórico de la Biblia de Calmet o distintas obras de Bossuet. Aunque la Filosofía no es la materia más abundante en su biblioteca, encontramos algunas obras extranjeras muy notables: Ediciones latinas de las obras de Bacon, muy raras por estar en el *Índice*, además de algunas obras de Descartes, Gassendi, Newton y Robert Boyle. En cuanto a la Literatura, era un buen conocedor del Siglo de Oro francés y en el *Teatro crítico* cita a autores extranjeros como Bocaccio, Erasmo, Marsilio Ficino, Molière, Racine, Fenelón, etc. Pero, sin duda, los libros más importantes son los de contenido misceláneo, de temática afín a la feijoniana. Destacan en este grupo las obras de Meaux, Bellegarde, el jesuita Bouhours, Buffier y Bartoli. Por último, hay que destacar en su biblioteca la presencia de colecciones y publicaciones periódicas: *Memorias de la Republique des Lettres* y de *l'Academie Royal des Inscriptions et Belles Lettres* de París, de *l'Academie Royal des Sciences* y sobre todo las *Mémoires pour l'histoire des Sciences et des Beaux Arts de Trévoux*.

La biblioteca de Feijoo es mucho más modesta que la de su colaborador el padre Sarmiento, que en su convento de Madrid había conseguido reunir más de nueve mil volúmenes. Esta biblioteca puede conocerse gracias al catálogo compuesto por el propio Sarmiento entre 1740 y 1760, conservado en la Real Academia de la Historia⁷⁷. Stiffoni lo ha estudiado parcialmente, recogiendo las obras correspondientes a los tres apartados de: *Historia literaria, juegos grandes y periódicos; Filosofía moderna y Política, economía y comercio*, es decir, 120 títulos. El latín es la lengua dominante, le sigue el francés, el español es la tercera lengua, mientras que el italiano comprende sólo unas cuantas obras. Se trata de obras editadas en su mayoría en el siglo XVIII, lo que demuestra su interés y actualidad⁷⁸.

En el primer apartado, destacan las grandes colecciones francesas: de la *Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, de la *Académie des Sciences*, de

77. STIFFONI, Giovanni, “La biblioteca de Fray Martín Sarmiento. Apuntes para la Historia de la penetración de las nuevas ideas en la España de Feijoo”, en *Homenaje al profesor Carrizosa*, Sevilla, 1973, III, pp. 463-489.

78. La estadística acerca de estos libros ha sido elaborada por Luis Miguel ENCISO RECIO, *Barroco e ilustración...*, p. 132.

las *Mémoires de Trévoux* y del *Journal des Sçavans*. Tampoco podía faltar en su biblioteca el *Dictionnaire historique et critique* de Pierre Bayle, del que se sirvió también Feijoo antes de que fuera prohibido por la Inquisición en 1747. En Filosofía destacan las obras de Descartes, Malebranche y Gassendi, los *Principia matemática* de Newton o la edición ginebrina de sus obras completas, así como las síntesis de su obra realizadas por Gravesande o Musschenbroeck. Entre las obras científicas cabe destacar también las obras completas del químico inglés R. Boyle y la *Physiologia* de Starr. Sarmiento destaca sobre todo por su interés en las ciencias experimentales. Por último, entre las obras de política y economía destacan los diccionarios económicos de Savary des Bruslons y de Chomel, así como las obras de Castiglione, Bellegarde y Chevigny. En resumen, la biblioteca de Sarmiento, como la de su correligionario Feijoo, a juicio de Stiffoni, se mueve dentro de un contexto ideológico de la problemática de la nueva filosofía experimental, con una clara inclinación hacia el empirismo newtoniano.

El agustino Enrique Flórez fue un gran amante de los libros, un auténtico bibliófilo, que reunió una extraordinaria biblioteca en su convento de San Felipe el Real que fue la admiración de estudiosos y eruditos. El catálogo de la misma, elaborado por el padre Francisco Méndez, permaneció inédito en la Real Academia de la Historia hasta su publicación a principios de los cincuenta⁷⁹.

El padre Flórez comenzó su carrera docente en la Universidad de Alcalá, donde impartió enseñanzas de Filosofía y Teología. Pero su vocación definitiva fue la Historia, tanto natural como eclesiástica. Fruto de su interés por la Historia natural fue la creación de un gabinete de Historia natural, que fue uno de los mejores de su época, pero su interés fue sobre todo histórico en el sentido estricto del término. En su biblioteca, además de obras de Teología y Filosofía, aparecen sobre todo las relacionadas con esta materia, especialmente con la Historia eclesiástica: Numismática, Epigrafía, Patrística, Cronología, ciencia crítica, Historia de las herejías, de los concilios, etc. De todos modos, su interés por una temática más amplia hace de su biblioteca una librería heterogénea y muy variada, con una amplitud más propia de una biblioteca monástica general que de la biblioteca de un historiador. La importancia de la biblioteca floreciana radicaba más en la riqueza y variedad de sus manuscritos que en la de las obras impresas. Angel Custorido recoge casi 3.700 registros en su edición del catálogo.

Mucho más reducida era la biblioteca del jesuita José Francisco de Isla. Su inventario, hallado en la sección de jesuitas del Archivo Histórico Nacional, junto a otros inventarios de libros e impresos del colegio de Pontevedra, donde habitó desde 1761, ha sido estudiado por su compañero de orden el padre Luis

79. CUSTORIDO VEGA, Ángel, "Catálogo de la Biblioteca del R.P.M. Enrique Flórez", *B.R.A.H.*, CXXVIII, 1951, pp. 299-378; CXXIX, 1951, pp. 123-218; CXXX, 1952, pp. 257-266; 407-477; CXXXI, 1952, pp. 63-80; 399-428.

Fernández⁸⁰. Señala éste que los libros de uso privado del autor del *Fray Gerundio* alcanzarían aproximadamente los 800 volúmenes y apenas 180 títulos, además de un número importante de opúsculos, papeles diversos y folletos. Sin embargo se trataba de una biblioteca muy escogida. La lengua predominante es el francés, 69 obras están editadas en este idioma, le sigue el latín con alrededor de 40 títulos y no faltan libros en portugués, italiano e incluso en vasco.

Como es lógico en la biblioteca de un clérigo, buena parte de sus contenidos tienen que ver con la labor pastoral de su dueño. En este campo la impronta de la espiritualidad francesa es muy patente. Destacan las obras ascéticas de los jesuitas Croisset y Colombiére, los sermonarios de Bourdaloue, Raulin, los tratados de elocuencia de Fénelon y Gisbert, los escritos morales de Busembaum y el *Florilegio de Santos Padres* del también jesuita P. Bouhours.

También son muy notables sus libros de Historia. En cuanto a obras extranjeras destacan las Historias eclesiásticas de Hermant, Sandinio y Marcel, así como la *Historia de las religiones* de Jovet. Poseía varias Historias de Francia editadas en el país vecino, así como otras de Inglaterra, Paraguay, Japón o Polonia, probablemente extranjeras también. En Literatura destaca la presencia de autores clásicos, algunos en ediciones francesas, así como del *Catalogus omnium generis librorum*, editado en Ámsterdam en 1713. Como no es de extrañar, dada la impronta de la cultura francesa en toda la biblioteca, el gran protagonismo literario lo tienen los autores franceses del *Grand Siècle*. Es destacable también la presencia de numerosas obras extranjeras de género epistolar. Menos importancia tenían otras materias, como la Filosofía o las Ciencias naturales, aunque en este campo merece destacarse la presencia del libro de Pluche, *Espectáculo de la naturaleza*, una de las obras divulgativas más exitosas de la época. Tampoco faltaban en esta biblioteca las publicaciones periódicas importantes. Dejando a un lado las españolas, destaca la presencia de ejemplares de las *Mémoires de Trévoux* y de las *Cartas edificantes y curiosas de las misiones extranjeras de la Compañía de Jesús*, estas últimas traducidas al español.

Encontramos también importantes bibliotecas entre la jerarquía eclesiástica de la época. Bastante notable debió de ser la biblioteca de Antonio Folch de Cardona, arzobispo de Valencia. Como consecuencia de su adhesión a la causa austracista, fue desterrado de los dominios de España y sus bienes fueron confiscados⁸¹. Tanto los 2.114 volúmenes de la biblioteca personal del arzobispo, como

80. FERNÁNDEZ, Luis, "La biblioteca particular del P. Isla", *Humanidades*, IV, 1952, pp. 128-141.

81. PRADELLS NADAL, Jesús, "Notas sobre los orígenes de la Biblioteca Nacional: las bibliotecas del arzobispo de Valencia Antonio Folch de Cardona", en *Libros, libreros y lectores. Anales de la Universidad de Alicante. Revista de Historia Moderna*, núm. 4, 1984, pp. 149-188. Un estudio de la biblioteca en GARCÍA GÓMEZ, M.^a Dolores, *El arzobispo de Valencia Folch de Cardona. Análisis de una biblioteca del siglo XVIII*, Alicante, 1996.

los más de 900 de la biblioteca de su tío, don José de Cardona, deán y canónigo de la catedral valenciana, que había recibido por herencia, fueron incautados y destinados a formar parte de los fondos de la Biblioteca Real, creada por Robinet en 1711. Aunque Jesús Pradells proporciona abundantes datos sobre la puesta en marcha de este proyecto y sobre los fondos de las bibliotecas de Folch de Cardona, no hace propiamente un estudio de las mismas. Tan sólo nos avanza para un estudio posterior que la biblioteca del arzobispo se interesa por temas como la Historia natural, Matemáticas y las “curiosidades” científicas⁸².

Más tardía, de finales de siglo concretamente, es la biblioteca de Antonio Tavira y Almazán, obispo de Canarias a fines de la centuria. Según Infantes Florido⁸³, posee más de tres mil volúmenes, de libros españoles y extranjeros, antiguos y contemporáneos, de tema eclesiástico en su mayoría, relativos a la reforma de la Iglesia, el jansenismo, problemas teológicos, estudios bíblicos, donde no faltaban tampoco las lecturas clásicas y humanistas, los temas filosóficos, etc.

No todas las bibliotecas particulares de clérigos que conocemos del siglo XVIII presentan un perfil intelectual tan destacable como las que acabamos de reseñar. Aunque no cabe duda de que en España existía durante esta etapa un sector del clero que puede ser calificado como auténticamente ilustrado, obviamente dentro de las corrientes más moderadas de la Ilustración, en la mayoría de los casos los eclesiásticos todo lo más que adquirirían era una formación de carácter humanístico más o menos amplia, siempre dentro de las corrientes ortodoxas de pensamiento.

En algunos casos esa formación humanística podía ser bastante notable. Buen ejemplo de ello puede ser el canónigo de la catedral de Cuenca, don Fernando de la Encina, muerto en 1740⁸⁴. Este acomodado clérigo era un auténtico coleccionista. En su casa atesoraba gran cantidad de objetos de plata labrada, una colección pictórica de más de 170 obras, así como importantes muebles y ropa de ajuar⁸⁵. Además poseía una magnífica biblioteca, compuesta por 713 títulos y 1.330 volúmenes, que fue inventariada y valorada en 26.217 reales, un precio considerable. La temática de esta biblioteca era muy variada y abarcaba obras de la antigüedad latina, Derecho, Teología, vidas de santos, gramáticas, libros de oración, etc. Más de 400 obras aparecen bajo el epígrafe de “autores antiguos”, de temática variada, editados en los siglos XVI y XVII. Más de la

82. PRADELLES NADAL, J., *op. cit.*, p. 182.

83. INFANTES FLORIDO, J. A., *Crisis religiosa e Ilustración. Un horizonte desde la biblioteca de Tavira: ventana sobre la Iglesia del siglo XVIII*, Valencia, 1981.

84. BARRIO MOLLA, José Luis y CHACÓN, Antonio, “La biblioteca y las colecciones artísticas del rodense Don Fernando de la Encina, canónigo de la catedral de Cuenca”, *Al Basit*, núm. 18, 1986, pp. 121-153.

85. El inventario de todo ello, *ibid.*, pp. 122-135.

mitad de ellos están editados en el extranjero, en las prensas de Lyon, Nápoles, Venecia, París, Colonia, etc., siendo una prueba más de la dependencia editorial que España tuvo durante estos siglos de la producción bibliográfica extranjera. Otros apartados son “teología y moral”, con 43 títulos, e “Historia sacra y eclesiástica y vidas de santos”, con algo más de un centenar de títulos. La presencia de libros extranjeros en este apartado es bastante menor y lo mismo ocurre entre los “libros de buenas letras y de Historia y varios”, “nobiliarios”, “libros de gramática”, y “libros de rezo y de ceremonias”. En conjunto, de los 713 títulos que comprendía esta biblioteca según el inventario, 307 estaban editados en el extranjero. No se trata de libros muy actuales, la mayoría son de siglos anteriores. Aunque la presencia de ediciones extranjeras es muy fuerte, eso no significa que se trate siempre de autores extranjeros, abundan los libros de autores españoles editados fuera de nuestro país. En cuanto a los autores extranjeros, además de los escritores de la antigüedad clásica, encontramos algunos humanistas –Alciato, Paulo Jovio, Bosio, Lessio– y numerosos autores italianos de obras de Teología, Derecho canónico o Historia eclesiástica –Bonacina, Cabasucio, Belarmino, Baronio y otros muchos más secundarios–.

El inventario de su biblioteca de Fernando de la Encina es una clara muestra de la dependencia que España tenía, aún bien entrado el siglo XVIII de los libros editados en el extranjero. Su dueño, hombre bastante preocupado por su formación teológica y pastoral y abierto a las corrientes de pensamiento católico, aunque con una fuerte propensión al tradicionalismo y a la ortodoxia, se nutría de libros con una edad media alta, pero editados en buena parte en los grandes centros impresores de la Europa católica. De todos modos, por su riqueza bibliográfica y su variedad temática, esta biblioteca puede ser considerada como bastante notable.

Más modestos en cuanto a su contenido son los inventarios de los libros de uso personal hallados en las celdas de algunos jesuitas del Colegio de San Pablo de Granada en el momento en que tuvo lugar su expulsión. Estos libros pueden ser considerados como “bibliotecas privadas”, y tienen un sesgo tradicionalista muy fuerte, aunque están abiertos a ciertas corrientes de pensamiento renovador católico.

Los libros de Fernando Gamero, provincial de Andalucía de la Compañía de Jesús⁸⁶, nos muestran las inquietudes de un miembro de la elite intelectual del clero de la época, que antes de ser provincial había sido catedrático de Teología y prefecto de estudios del Colegio de San Pablo de Granada. En sus aposentos se hallaron 219 obras, que comprendían 297 volúmenes, unos fondos selectos

86. ARIAS DE SAAVEDRA, Inmaculada, “Lecturas de los superiores jesuitas de Granada en el siglo XVIII”, en CORTÉS PEÑA, Antonio Luis y LÓPEZ-GUADALUPE, Miguel Luis (eds.), *Estudios sobre Iglesia y Sociedad en la Edad Moderna*, Granada, 1999, pp. 267-288.

que fueron tasados en 4.569 reales. Más de la tercera parte de los autores eran extranjeros, con un fuerte predominio de eclesiásticos, en particular jesuitas. Las materias dominantes son Sagrada Escritura y Patrística, así como Teología, juntas suponen más del 40 por ciento del total de los fondos. También son muy abundantes los libros de Oratoria Sagrada, predicables y litúrgicos. En estas materias predominan las ediciones extranjeras, la mayoría en latín, siendo Lyon el centro impresor más relevante, seguido de otros como Venecia, Colonia, etc. No faltaban tampoco los libros ascéticos y de devoción. En estos últimos predominan los libros editados en España. También hay libros de Teología moral, Derecho canónico, etc. Aunque no son las materias más abundantes, entre los libros del provincial hallamos obras literarias, de Historia, Filosofía, miscelánea, etc.

El padre Gamero era un hombre de una sólida formación, entre sus libros se encuentren obras de distintos idiomas. La lengua predominante es el latín, idioma en que se editaban los libros de Patrística, Escritura, Teología dogmática, litúrgicos, etc. También es muy significativa la presencia, aunque minoritaria, de obras en otros idiomas, como portugués, italiano, así como alguna en francés e inglés. En general los libros son de cierta antigüedad, abundando los editados en los siglos XVI y XVII. Los del propio siglo apenas superan el 5 por ciento. En cuanto al lugar de edición, 43 por ciento de las obras habían sido impresas en el extranjero. Lyon aparece como centro destacado.

También tenía una “biblioteca privada” notable el rector del Colegio de San Pablo, el padre Francisco Ramírez⁸⁷. En sus aposentos se hallaron 189 obras diferentes, que comprendían 472 volúmenes, la mayoría libros, pero también algunas piezas de folletos e impresos varios. Fue tasada en casi 4.500 reales. Una tercera parte de sus autores eran extranjeros, italianos y portugueses sobre todo, seguidos de franceses y a mayor distancia por griegos, ingleses, de los Países Bajos, etc. También en este caso predominan los eclesiásticos y los jesuitas. Pero este lector no alcanza la riqueza intelectual del padre provincial. Es significativo que la materia estrella de su biblioteca sean los libros ascéticos y de devoción, que superan la cuarta parte. Otra cuarta parte la constituyen los libros de Escritura y Patrística y de Teología Moral. El resto de las materias –Derecho, Teología, Oratoria Sagrada– tienen una significación menor. Tan sólo aparecen unos cuantos títulos de Historia, Filosofía, Artes liberales, etc.

El latín era la lengua más presente en la biblioteca del rector granadino. Pero apenas hay obras en otros idiomas, sólo dos títulos en italiano, lo que muestra una formación en idiomas bastante pobre. La antigüedad de los libros era relativamente importante, más de la mitad eran del siglo anterior, sólo 25 títulos habían sido editados durante el siglo XVIII. La presencia de la edición extranjera se acerca al 40 por ciento del total, una proporción alta, pero menor

87. *Ibid.*, pp. 278-282.

a la de los libros del provincial. Lyon sigue siendo el principal centro editor foráneo. La biblioteca del rector Francisco Ramírez, siendo importante, presenta un sesgo diferente a la del provincial. El rector era seguramente un clérigo bien formado, pero un intelectual de menor altura que el provincial. Sus libros presentan una orientación más pastoral.

También conocemos los libros hallados en los aposentos de algunos de los profesores de este colegio granadino, concretamente los de los padres Gonzalo Lozano, maestro de Escritura, Tomás Maraver, profesor de Teología Escolástica⁸⁸ y José Ruiz, profesor de Teología Moral⁸⁹.

En todas ellas podemos encontrar ciertos rasgos de uniformidad. Se trata de bibliotecas con una orientación profesional muy fuerte, donde hay un claro predominio de libros facultativos de sus materias docentes. También son hallados, aunque en menor proporción, libros de materias que habían sido objeto de enseñanza de estos jesuitas con anterioridad, en el curso de su carrera docente. No faltaban tampoco en estos aposentos obras propias del ejercicio de su ministerio sacerdotal, como libros litúrgicos, sermonarios, manuales de confesores. Es lógico, dada la doble faceta de profesores y sacerdotes de estos individuos. También tenían libros devocionales, propios de lecturas más personales habituales en los religiosos, pero su significación no era importante en el conjunto de los libros. Por último, llama la atención la ausencia casi total en estas bibliotecas de materias profanas. Los libros científicos brillan por su ausencia y algo parecido puede decirse también de materias literarias y humanísticas, que aunque estaban bien representadas en la biblioteca general del colegio, no se hallaban en los aposentos de los padres, donde sólo tenían prácticamente libros de trabajo, de rezo y de meditación. En todas estas bibliotecas hay un fuerte predominio de autores eclesiásticos, especialmente jesuitas, así como una alta presencia de autores extranjeros —superior al 40% en las tres bibliotecas—. En cuanto a los idiomas, hay un fuerte predominio del latín, obligado en sus materias docentes, pero no falta una buena representación de obras en italiano, portugués y francés. La proporción de la edición extranjera es también muy alta y se produce sobre todo en materias como Teología, Sagrada Escritura, Patrística, Derecho, libros litúrgicos, mientras que los libros impresos en España abundan en materias como Oratoria Sagrada, libros ascéticos, etc. Los profesores del colegio de San Pablo no utilizaban una bibliografía que pueda calificarse de moderna y buena

88. ARIAS DE SAAVEDRA, Inmaculada, “Los libros privados de los profesores del colegio jesuita de San Pablo de Granada. Siglo XVIII”, en *Aulas y saberes. VI Congreso Internacional de Historia de las Universidades Hispánicas*, Valencia, 2003, I, pp. 159-179.

89. ARIAS DE SAAVEDRA, Inmaculada, “La biblioteca del jesuita José Ruiz, profesor de Teología Moral (1767)”, en CORTÉS PEÑA, A. L., LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ, M. L. y LARA RAMOS, A. (eds.), *Iglesia y sociedad en el Reino de Granada (ss. XVI-XVIII)*, Granada, 2003, pp. 311-325.

parte de ella había sido impresa fuera de nuestro país, en etapas de debilidad tipográfica española.

Los tamaños de estas bibliotecas son diferentes. En los aposentos del padre Gonzalo Lozano fueron inventariados 300 títulos y 841 volúmenes, es la biblioteca más nutrida hallada en las habitaciones de los padres de este colegio. El padre Tomás Maraver, profesor de Teología escolástica, tenía una biblioteca algo menor, 273 títulos y 432 volúmenes⁹⁰, mientras que en los aposentos de José Ruiz, profesor de Teología Moral, fueron inventariados 202 títulos y 474 volúmenes, un conjunto importante, pero menor al de sus colegas catedráticos antes citados. Ciñéndonos a sus materias profesionales, los planteamientos que pueden deducirse a través de los títulos hallados son bastantes tradicionales, con un sesgo jesuítico muy fuerte. Desde luego no parece que estos profesores estuviera en vanguardia de los planteamientos teológicos del momento. La bibliografía que usaban era clásica y de bastante antigüedad. Las corrientes ilustradas de pensamiento europeo, aún en sus versiones más moderadas, estaban totalmente ausentes de estas bibliotecas y, por supuesto, no hay ni rastro de planteamientos más radicales que puedan rozar la heterodoxia.

5.3. *Bibliotecas de altos cargos de la administración*

Probablemente fue el colectivo de altos cargos de la administración española uno de los que contaron con bibliotecas privadas más importantes. Se trataba de bibliotecas fuertemente especializadas, que respondían sobre todo a sus necesidades de tipo profesional, por lo que primaban los temas jurídicos. No obstante, dada la personalidad ilustrada de muchos de ellos, su curiosidad no se ceñía exclusivamente a los temas profesionales, sino que se abría a campos muy variados, desde los clásicos de Humanidades –Historia, Geografía, Literatura, pensamiento y cultura clásica–, hasta otros más novedosos como materias científicas, pensamiento filosófico ilustrado, Pedagogía, nuevos planteamientos religiosos, o materias más innovadoras como el Derecho natural o el Derecho público. Entre las personalidades que ocuparon altos cargos en la administración española del setecientos, encontramos algunas de las figuras más relevantes de la Ilustración española.

Como ha señalado M^a. Dolores García Gómez, “pocas veces reflejará tan claramente un conjunto librario los intereses, la personalidad, la ocupación, el entretenimiento de su dueño” como en el caso de la biblioteca de Melchor de Macanaz⁹¹. Se conoce a través del inventario realizado por la Inquisición en

90. *Ibid.*, pp. 169-176.

91. GARCÍA GÓMEZ, M.^a Dolores, *La biblioteca regalista de un súbdito fiel: Melchor de Macanaz*, Alicante, Ins. de Cultura Juan Gil-Albert, 1998, p. 11.

1716 con motivo del secuestro de bienes que siguió a la huida a Francia que llevaría al exilio por un periodo de treinta y dos años al poderoso fiscal general del reino. Se trata, por tanto, de la primera biblioteca de Macanaz, pues por referencias de él mismo hay noticias de que durante su dilatado exilio volvería a formar otra importante biblioteca. El catálogo consta de 538 asientos de libros, que comprenden algo más de un millar de volúmenes y fue valorada en 15.421 reales. El análisis de los fondos de su biblioteca nos permite atisbar las raíces doctrinales netamente hispanas de sus radicales planteamientos regalistas, así como su notable conocimiento del derecho foral y de la literatura jurídica en torno a este tema –que constituye el bloque más relevante de su biblioteca–, que estuvo en la base de una actuación política dedicada a combatir los fueros y privilegios de todo tipo, así como al manteísta inconformista y agresivo opuesto a los colegiales mayores. También nos muestra su sólida formación jurídica, no sólo romanista, sino sobre todo en derecho nacional, cuyos textos legislativos, así como la numerosa obra de comentaristas, están presentes en la biblioteca del responsable de la reforma universitaria que puso el acento en la enseñanza del derecho patrio. Se trata, por tanto del catálogo de una biblioteca “viva”, que manifiesta en mayor medida que las obtenidas a través de los inventarios *post mortem* los intereses del propietario, uno de los políticos más radicales del reinado de Felipe V.

Con bastante precisión podemos conocer la biblioteca de Pedro José Pérez Valiente, aunque aún en una etapa juvenil de su carrera, cuando el notable jurista granadino se iniciaba como abogado de los reales consejos⁹², gracias a un inventario, realizado en 1742, con motivo de su segundo matrimonio. Tenía entonces Pérez Valiente una biblioteca de 313 títulos y 713 volúmenes. Era rica sobre todo en materias de carácter jurídico y obras extranjeras, como las de Farinacci, Reifensstuel, Pirhing, Ambrosino, Pereira de Castro o Vinnio.

También conocemos de forma precisa la biblioteca juvenil de Jovellanos, pues Aguilar Piñal publicó un inventario realizado en 1778⁹³, momento en el que se disponía a abandonar Sevilla al ser nombrado alcalde de casa y corte en el tribunal de la capital del reino. El hasta entonces alcalde del crimen y oidor de la Audiencia sevillana, durante sus años en Andalucía fue consolidando una nutrida y sólida biblioteca, que se enriqueció en buena parte con fondos procedentes de la biblioteca del Colegio jesuita de San Hermenegildo, que fue vendida tras la expulsión. El catálogo, organizado en Jurisprudencia civil y eclesiástica y Literatura, comprendía 857 títulos impresos y unos 1.300 volúmenes que

92. BARRIO MOYA, José Luis, “La biblioteca del jurista granadino D. Pedro José Pérez Valiente, abogado de los reales consejos durante el reinado de Felipe V (1742)”, *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*, 2 (segunda época), 1988, pp. 77-93.

93. AGUILAR PIÑAL, Francisco, *La biblioteca de Jovellanos (1778)*, Madrid, 1984.

fueron el germen de lo que debió de ser una de las bibliotecas privadas más importantes de España⁹⁴.

Más de la mitad de los libros estaban impresos en el siglo XVIII. En estos fondos modernos hallamos los títulos más importantes de su biblioteca y la apertura del joven magistrado a las corrientes de pensamiento europeas queda bien patente. Encontramos un significativo elenco de autores ingleses (Bacon, Hume, Milton, Pope, Addison, etc.), franceses (Fontenelle, La Fontaine, Marmontel, Montesquieu, Voltaire, Rousseau, un ejemplar de la Enciclopedia), italianos (Beccaria, Metastasio, Muratori) y portugueses (Pereira de Figueiredo, el Barbadiño), que leía en sus propias lenguas. También se encuentran las principales obras jurídicas de autores extranjeros como Van Espen, Febronio, Vattel, Grocio y Burlamachio. Hay que destacar la presencia en sus anaqueles de autores prohibidos como Pope, Beccaria, Voltaire, Rousseau, o el ejemplar ya citado de la Enciclopedia. Una prueba fehaciente de que el joven Jovellanos estaba al tanto de lo que se editaba en los principales centros impresores europeos es que encontramos en su biblioteca varios catálogos de las librerías más importantes del continente. La mayoría de los libros que poseía Jovellanos habían sido impresos fuera de España.

Lo que conocemos de la biblioteca de Pablo de Olavide, aunque no corresponde a los años finales de su vida, es relativo a su etapa de madurez, cuando contaba cuarenta años, había realizado sus viajes a Francia y estaba al servicio de la Corona de España desempeñando su misión reformista en Sevilla y las Nuevas Poblaciones. El peruano contaba con una “inmensa biblioteca”, que había reunido gracias a compras masivas realizadas sobre todo durante sus tres viajes a Francia. Posteriormente continuaría adquiriendo libros desde España. Abrigaba el proyecto de crear una gran biblioteca pública en Sevilla, que recogiera lo mejor de la producción moderna. Defourneaux publicó un inventario, correspondiente a 1770 y conservado entre los papeles confiscados por la Inquisición⁹⁵. Comprende 450 títulos, que constituyen sólo una pequeña parte de su biblioteca, que podría contener unas 2.000 obras francesas. Los contenidos son muy variados y abarcan materias como Teología, Política, Economía, Literatura. Entre los autores destacan las figuras más relevantes de la Ilustración francesa: Pierre Bayle, Rousseau, Helvetius, el abate Raynal, Mirabeau, Diderot, Voltaire, etc., con muchas de sus obras prohibidas por la Inquisición.

94. Se ha intentado hacer una reconstrucción de la biblioteca total de Jovellanos a través de las lecturas que cita a lo largo de su inmensa obra: CLEMENT, Jean Pierre, *Las lecturas de Jovellanos. Ensayo de reconstitución de su biblioteca*, Oviedo, 1980.

95. DEFURNEAUX, Marcellin, *Pablo de Olavide ou l'afrancesado (1725-1803)*, Paris, 1959, apéndice II, pp. 476-491.

También conocemos bien la biblioteca juvenil de Juan Meléndez Valdés⁹⁶. El catálogo de la misma, realizado en 1782, fue publicado por G. Demerson. El entonces joven profesor de la Universidad de Salamanca poseía una biblioteca que constituía la base fundamental de su patrimonio, con 352 títulos y 1.237 volúmenes, que fue valorada en más de 35.000 reales. Sus intereses eran muy amplios: letras clásicas grecorromanas, Historia y Geografía, Ciencias, Religión, Teología, Derecho y, por supuesto, Literatura y Filosofía. Era también muy variada en cuanto a lenguas. El francés era predominante, en más de la mitad de los títulos, entre los que había no sólo obras francesas propiamente dichas, sino también traducciones en esta lengua. La segunda lengua en importancia era el latín, mientras que el español ocupaba sólo el tercer lugar. Poseía también obras en italiano, inglés, portugués y griego. Sin duda lo más notable es la gran influencia francesa, a través de los autores clásicos: Montaigne, Corneille, La Bruyère, Pascal, Racine, Fenelon, así como las grandes figuras del Siglo de las Luces –tenía permiso de la Inquisición para leer libros prohibidos–: Boileau, Batteux, Bayle, Buffon, Condillac, Diderot, Fleury, Fontenelle, Helvétius, Holbach, Mably, Marmontel, Montesquieu, Raynal, Rousseau, L'Encyclopédie Méthodique, etc., aunque hay algunas ausencias notables como la de Voltaire. Demerson ha demostrado cómo el joven catedrático se nutría directamente a través de pedidos a librerías francesas. Es fácil imaginar lo que llegaría a ser esta biblioteca en 1812, cuando Meléndez Valdés tuvo la desgracia de verla quemada y dispersa.

Una de las bibliotecas más importantes de la segunda mitad del siglo XVIII fue, sin duda, la de Pedro Rodríguez de Campomanes. Además de su trascendental protagonismo en la vida política española durante la etapa, hoy conocemos bien sus facetas de erudito y bibliófilo⁹⁷ y su biblioteca⁹⁸. Según varios inventarios tardíos –de 1840 y 1842– la biblioteca de Campomanes debía tener más de 6.000 volúmenes. Poseía unos fondos muy variados. Algo más de la cuarta parte eran libros de Derecho. La sección de Ciencias y Artes presentaba valores parecidos, con Ciencias y Filosofía como materias más abundantes, seguidas de Economía política y Artes mecánicas. Valores similares tenía el apartado de Historia y Geografía, con predominio de la Historia civil, pero también con obras de Historia de la Iglesia. Las Bellas Letras ocupaban un cuarto puesto. Las publicaciones periódicas reunían casi la mitad de este último apartado y los diccionarios, gramáticas y obras filosóficas eran más abundantes que las obras

96. Su estudio en DEMERSON, Georges, *Don Juan Meléndez Valdés y su tiempo (1754-1817)*, Madrid, 1971, vol. I, pp. 103-157.

97. ENCISO RECIO, Luis Miguel, “Campomanes bibliófilo”, en MATEOS DORADO, Dolores (ed.), *Campomanes doscientos años después*, Oviedo, 2003, pp. 77-115.

98. SOUBEYROUX, Jacques, “La biblioteca de Campomanes: contexto cultural de un ilustrado”, en *Actas del Séptimo Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Roma, 1982, vol. II, pp. 997-1106.

de Literatura propiamente dicha. Llama la atención la escasa presencia de libros religiosos, que sólo suponen el 7,5% del total.

Los libros impresos en español dominan, pues representan la mitad del total, aunque si tenemos en cuenta las traducciones, los originalmente escritos en nuestra lengua sólo representan el 40 % del total. Los textos latinos representan más del 30 %, aunque son especialmente significativos en los apartados de Derecho y Religión. La biblioteca extranjera de Campomanes consta de unos 900 volúmenes, el 18 % del total, y más de una cuarta parte, si se tienen en cuenta las traducciones. Los libros franceses forman el fondo más abundante con casi 600 volúmenes. Es probable que con los libros prohibidos por la Inquisición —que no están contenidos en el catálogo— hubieran aumentado esta proporción. Son muy significativos en los apartados de Historia y de Ciencias y Artes —especialmente en el apartado de artes y oficios, donde el predominio francés es aplastante—. Destaca la presencia de autores como: Fenelon, Fontenelle, Malebranche, Rousseau, Melon, Necker, etc. Algo más del 4 % de los libros son italianos, entre los que encontramos libros jurídicos, literarios, y sobre todo tratados científicos y filosóficos. Destacan autores como Maquiavelo, Berni o Muratori. Los libros portugueses, catalanes e ingleses representan unos valores mucho menores. Entre estos últimos destacan autores como Moro, Hobbes, Hume o Adam Smith. La mayoría de los libros están impresos en el siglo XVIII, aunque en ocasiones se trata de reimpressiones de obras de siglos anteriores.

Otro notable bibliófilo fue José Nicolás de Azara. Su larga estancia de treinta y cuatro años en Roma —como agente de preces y embajador— y París como embajador lo convierten en un intermediario cultural entre la España de las reformas de la segunda mitad del siglo XVIII y las diversas corrientes culturales y sociopolíticas europeas. Interlocutor de la minoría ilustrada española, se carteo con regularidad con Grimaldi, Roda, Tanucci, Floridablanca, Aranda, Campomanes, Godoy, Saavedra, Urquijo, etc., y conoció a personalidades tan interesantes como José II, Pío VI o Napoleón. Nicolás Azara fue coleccionando libros en aquellos lugares donde transcurrió su vida. Durante su larga etapa romana (1766-1798) acumuló una importante colección de libros, pinturas y camafeos. Esta “biblioteca grande” que dejó en la capital italiana y que nunca volvió a recuperar, ha sido estudiada por Gabriel Sánchez Espinosa, gracias al “catálogo de venta”, mandado hacer por sus herederos para proceder a la liquidación de su herencia⁹⁹. El catálogo, editado por el librero Mariano de Romanis, que se ocupó con frecuencia a la compraventa de bibliotecas particulares de cardenales y aristócratas romanos, fue editado en Roma, con una tirada de 300 ejemplares y recoge las obras ordenadas por orden alfabético de autores, con

99. SÁNCHEZ ESPINOSA, Gabriel, *La biblioteca de José Nicolás de Azara*, Madrid, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 1997.

título, lugar y fecha de impresión, así como formato y precio. Hace referencia a 3.267 obras, que comprendían 5.772 volúmenes. Además de poseer ochenta incunables –procedentes de compras realizadas la mayoría a monasterios y pequeñas bibliotecas del entorno veneciano y del mercado romano–, Azara poseía prácticamente todos los autores y textos representativos de la Ilustración, dada su privilegiada situación de residente fuera de nuestro país y con las prerrogativas propias de su misión diplomática, que le permitía acceder a obras de todo tipo sin someterse a las cortapisas de la censura de la época y sobre todo del control inquisitorial. Como ha señalado Gabriel Espinosa, en la biblioteca de Azara coinciden tres bibliotecas diferentes: la del funcionario reformista, la del ilustrado y la del bibliófilo. En relación con su primera faceta están todos los autores y obras útiles al agente de preces y embajador ante el papa, caracterizadas sobre todo por su orientación ideológica regalista. En la biblioteca del ilustrado están los grandes autores de las Luces: D'Alembert, Bayle, Beccaria, Condillac, Diderot, D'Holbach, Gibbon, Helvetius, Raynal, Robertson, Rousseau, Voltaire, La Enciclopedia, así como los ilustrados españoles: Foronda, Iriarte, Jovellanos, Mayans, Meléndez Valdés, Campomanes, Uztáriz, etc. Como bibliófilo, además de su colección de incunables, cabe señalar su colección de autores clásicos grecolatinos, seleccionando siempre las mejores ediciones a lo largo del tiempo, o la presencia de ejemplares valiosos y raros.

En el caso de Azara, tanto sus memorias como su copiosa correspondencia, nos proporcionan abundantes testimonios sobre su bibliofilia: cómo fue haciéndose su biblioteca, sobre la práctica de regalos de libros, tan extendida en la época, así como las consultas, intercambios y préstamos de ejemplares, o la utilización de encuadernaciones especiales, exlibris, etc. .

Otro hombre de su tiempo, identificado con el espíritu de la Ilustración fue Francisco Saavedra, intendente de Caracas y más tarde Secretario del Despacho de Hacienda de Carlos IV. Contó con una abundante biblioteca¹⁰⁰ de más de 800 títulos, con una notable heterogeneidad temática, que comprendía materias como la Historia, Economía, Literatura, Geografía y viajes, Derecho, obras científicas, Moral, Teología y Educación. No era sólo el soporte de su actividad profesional, sino también un medio de evasión y entretenimiento. La presencia de un elevado número de obras en francés, inglés, italiano o latín corroboran una visión cosmopolita de la cultura, además de su devoción por los clásicos. La mayoría de los títulos corresponden a publicaciones del siglo XVIII o a reediciones de la época. Algunos libros prohibidos forman parte de este elenco bibliográfico, como algunos volúmenes de la Enciclopedia y las obras de Marmontel, Mably o Robertson. El contenido de esta biblioteca revela a un Saavedra ilustrado.

100. MOLINA MARTÍNEZ, Miguel, "La biblioteca del Intendente Francisco de Saavedra", *Chronica Nova*, 19, 1991, pp. 271-289.

Otro ministro relacionado con América que contó con una espléndida biblioteca fue José de Gálvez, secretario del despacho universal de Indias y gobernador del Consejo de Indias¹⁰¹. En 1787, a la muerte de Gálvez, contaba con 917 títulos y 2.300 volúmenes. La biblioteca del marqués de Sonora abarcaba casi todas las materias. Como lector Gálvez supera el tono medio de la intelectualidad española. Gracias a las facilidades de los puestos que desempeña, posee un buen número de obras prohibidas por la Inquisición: las obras completas de Heinecke, las obras científicas de Alstedt y Pasquier, La Enciclopedia –aunque en la edición abreviada de París de 1782–, obras de Voltaire, Montesquieu, Fenelon, Marmontel, Pufendorf, Robertson, etc.

Los libros están escritos en siete idiomas, destacan el latín, francés e italiano, pues en portugués, catalán e inglés sólo poseía un ejemplar. Presta atención a obras de divulgación científica, como la Enciclopedia, las Memorias de Trevoux o el Espectáculo de la naturaleza de Pluche. También encontramos en los fondos de su biblioteca prensa holandesa y un par de semanarios franceses. Poseía obras de poesía en cuatro idiomas, francés, italiano y portugués, además de en castellano. Aunque no eran ni mucho menos mayoritarias, tenía también algunas obras de Moral y Teología, de autores como Kempis, Fleury, Bossuet o Fenelon. Por último poseía una colección bastante notable de obras cuya temática se relacionaba con las Indias.

Una biblioteca de tamaño medio, pero muy selecta era la de Ignacio de Heredia, consejero de Guerra y colaborador del conde de Aranda, del que fue secretario particular durante más de 25 años. Se conoce el inventario de su biblioteca a su vuelta a España, concluida la etapa de la embajada en París de su mentor, por la burocracia que generó la introducción de los libros en nuestro país. Se trataba de una biblioteca de 247 títulos y 555 volúmenes¹⁰². Junto a obras antiguas, especialmente clásicas, hallamos gran cantidad de obras coetáneas, de los más variados géneros. A juicio de Olaechea, se trata de la biblioteca de un ilustrado. El predominio de los libros franceses es absoluto, 214 obras están en francés –idioma original o traducciones– El resto en latín, italiano e inglés. Sólo cinco obras están en español. Algunos títulos de su librería relativos al derecho internacional reflejan las preocupaciones de un diplomático –había sido secretario de embajada e incluso desempeñado misiones diplomáticas personalmente–, pero no se trata de una biblioteca profesional, sino privada, donde predominan en general las obras literarias. Además de la literatura grecolatina, presente a través de traducciones francesas, están los autores más representativos del país vecino, no

101. SOLANO, Francisco de, “Reformismo y cultura intelectual. La biblioteca privada de José de Gálvez, Ministro de Indias”, *Quinto Centenario*, núm. 2, 1981, pp. 1-100.

102. OLAECHEA, Rafael, “Ignacio de Heredia y su biblioteca”, en *Libros, libreros y lectores. Anales de la Universidad de Alicante. Revista de Historia Moderna*, núm. 4, 1984, pp. 211-291.

faltando algunas obras de los ilustrados franceses prohibidos por la Inquisición –Rousseau, Voltaire, D’Alembert, abate Raynal...–, aunque no se trata de sus obras más peligrosas. Brillan por su ausencia las obras materialistas de Helvetius, La Mettrie, D’Holbach, o la literatura erótica y pornográfica de los libertinos. Según Olaechea se trata de la librería de un “discreto hombre de mundo”.

También fue un bibliófilo destacado el camarista de Castilla Fernando José de Velasco, que poseyó una extraordinaria biblioteca de más de 10.000 volúmenes, aún sin estudiar, cuyo catálogo se conserva en la *Biblioteca Nacional* y que estaba constituida en parte con los fondos adquiridos en las almonedas que dispersaron librerías tan importantes como las de Juan Isidro Fajardo, Manuel Pantoja, González Barcia y el marqués de Villena. Poseía además una importante colección de manuscritos, que ha sido editada por Gregorio de Andrés¹⁰³. Estos manuscritos, más de doscientos, la mayoría en castellano, correspondían a temática jurídica en su mayor parte –alegaciones, instrucciones, consultas varias–, aunque no faltaban algunos de obras de humanistas españoles del siglo XVI y de textos latinos.

Aunque los ejemplos hasta ahora citados nos sirven para mostrar la apertura que ciertas personalidades de la alta administración española tuvieron respecto a las corrientes culturales europeas del momento durante el siglo XVIII, tampoco faltaron entre los altos de la administración otros ejemplos de bibliófilos menos abiertos al pensamiento extranjero, más tradicionalistas, pero grandes coleccionistas de libros editados en nuestro país, que llegaron a tener también bibliotecas muy notables. Es el caso de Francisco de Bruna y Ahumada, oidor de la Audiencia de Sevilla y en varias ocasiones regente interino de la misma, uno de los personajes más conspicuos de esta ciudad durante la segunda mitad del siglo XVIII. Además de poseer una notable biblioteca, tenía en su residencia privada un museo de Historia natural y una valiosa colección de pinturas, monedas antiguas, esmaltes, camafeos y porcelana china¹⁰⁴. No conocemos en su totalidad los fondos de la extraordinaria biblioteca de este magistrado sevillano, sino sólo la relación de 236 obras –188 impresas y 48 manuscritas– que fueron adquiridas por la Biblioteca Real en 1807 cuando se liquidó ésta con motivo de su muerte¹⁰⁵. La biblioteca de Bruna estaba compuesta sobre todo por libros castellanos, raros y selectos: buena colección de poesía, Literatura del Siglo de

103. ANDRÉS, Gregorio de, “La biblioteca manuscrita del camarista de Castilla Fernando José de Velasco en la Biblioteca Nacional”, *Cuadernos de Investigación Histórica*, núm. 16, 1995, pp. 143-165.

104. Prólogo de Francisco Aguilar Piñal a LÓPEZ-VIDRIERO, M.^a Luisa, *Los libros de Francisco de Bruna en el Palacio del Rey*, Sevilla, 1999, p. 19.

105. Una aproximación a éstos en MORALES BORRERO, Consolación, “Sobre algunos libros de la biblioteca de Francisco de Bruna”, en *Primeras Jornadas de Bibliografía*, Madrid, 1977, pp. 603-620. El catálogo detallado de los mismos en la obra citada en la nota anterior.

Oro, tratados científicos y de Arte, historias particulares de pueblos y ciudades y numerosas traducciones de autores clásicos. Los libros extranjeros no eran demasiados, pero entre ellos destaca un importante grupo de incunables editados fuera de nuestro país, lo que pone de manifiesto su condición de bibliófilo, así como medio centenar de obras extranjeras, en su mayoría preciadas primeras ediciones francesas o italianas.

Otro magistrado de la Audiencia de Sevilla, Rodrigo Márquez de la Plata, a su muerte en 1787 poseía una biblioteca de 214 títulos y 399 volúmenes, que fue tasada en 6.319 reales. Una biblioteca de tamaño medio, acorde con sus oficios de alcalde de crimen y oidor que desempeñó en la ciudad del Betis por espacio de casi treinta y cinco años¹⁰⁶. Se trataba de una biblioteca fuertemente profesionalizada, donde los libros de consulta para el ejercicio del oficio eran dominantes y donde apenas había lugar para el ocio o el entretenimiento. Los libros de Derecho comprendían casi las tres cuartas partes del total. Sobre todo Derecho real –textos legislativos, recopilaciones de leyes, reglamentos y ordenanzas de instituciones diversas, obras de glosadores y comentaristas, específicas de Derecho penal, de jurisprudencia, derecho foral–, aunque no faltaban obras de Derecho canónico o Derecho natural y de gentes. Miembro de la Real Academia de la Historia, esta materia era la segunda en importancia de su biblioteca, con algo más del 10 % del total, especialmente obras de Historia de España. El resto estaba formado por libros de devoción, Teología, obras literarias –El Quijote, obras de Feijoo–, de pensamiento político, etc. Casi el 60 por ciento de los títulos están en latín, el resto en español. Sólo hay sendos títulos en portugués y francés. La biblioteca da el perfil de un hombre preocupado por el ejercicio de su profesión, ejercicio que probablemente no estaba exento de tradicionalismo, aunque entre sus libros podemos encontrar destellos de materias jurídicas novedosas e innovadoras, como el Derecho natural y de gentes, las doctrinas regalistas o la controversia sobre la tortura. Da el perfil de un magistrado de finales del Antiguo Régimen.

También da el perfil de un magistrado conservador la biblioteca de otro oidor de la audiencia sevillana, Juan Luis Novela, hombre profundamente religioso que permaneció al margen del movimiento ilustrado sevillano¹⁰⁷. En el inventario de sus bienes, realizado en 1787, tras su muerte sin herederos, para liquidar su herencia que pasaba a manos de un patronato de legos ubicado en la iglesia

106. ARIAS DE SAAVEDRA ALÍAS, Inmaculada, “Lecturas de un magistrado del Antiguo Régimen: La biblioteca de Rodrigo Márquez de la Plata”, juez de grados de la Audiencia de Sevilla”, en *IX Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna*. Málaga 2006 (en prensa).

107. ARIAS DE SAAVEDRA ALÍAS, Inmaculada, “Vida cotidiana, religiosidad y cultura de un magistrado del Antiguo Régimen: Juan Luis Novela, ministro de la Audiencia de Sevilla”, en REY CASTELAO, Ofelia y LÓPEZ, Roberto J., *El mundo urbano en el siglo de la Ilustración*, Santiago de Compostela, 2009, II, pp. 55-68.

de su tierra natal, es tasada e inventariada una biblioteca de 423 títulos y 446 volúmenes, en más de 6.000 reales. Se trata de una biblioteca peculiar pues, a pesar de tratarse de la biblioteca privada de un magistrado, los libros de derecho no son los más abundantes y no alcanzan siquiera la quinta parte del total de los fondos. Se trata en su mayoría de obras de Derecho real: recopilaciones de leyes, obras de comentaristas y glosadores de los textos legales, jurisprudencia, práctica forense. No faltaban algunas obras de Derecho foral –había ejercido de magistrado en la Audiencia de Valencia– y de Derecho canónico. La mayoría de los libros inventariados eran obras de devoción y lectura espiritual, más del 40 por ciento de los títulos corresponden a esta materia. Junto a clásicos de la espiritualidad cristiana: San Agustín, San Juan de la Cruz, Fr. Luis de Granada, Santa Teresa, hay un elenco de libros conectados con la pensamiento jesuítico, además de vidas de santos, novenarios, libros de rezo, etc. Junto a los libros de devoción hay también un importante grupo de obras de Teología y Sagradas Escrituras. En conjunto todos los libros de tema religioso superan con creces la mitad de los libros de Novela. No faltan tampoco las obras de Historia –este magistrado era correspondiente de la Real Academia de la Historia–, Geografía, Pensamiento político, así como algunas de Literatura, entre las que se encuentran, además de obras clásicas, el Quijote o las obras de Feijoo. La biblioteca de Juan Luis Novela nos da la impresión de un magistrado de ideología conservadora, bastante alejado de la inquietudes y planteamientos ilustrados, que bien podría representar el perfil medio del juez del Antiguo Régimen, ya que las posiciones ilustradas probablemente no fueron mayoritarias en este colectivo.

5.4. Bibliotecas de artistas

La posesión del libro durante el siglo XVIII abarcó sectores sociales muy variados, entre otros a algunos artistas, que llegaron a atesorar importantes colecciones de libros, junto con obras de arte, láminas, etc.

El gallego Felipe de Castro fue nombrado en 1747 escultor del Rey y más tarde ocupó la cátedra de escultura en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Hombre cultivado, conocía bien los escritos de los autores antiguos y de los teóricos del arte de la etapa renacentista. La compra de libros fue su gran pasión, llegando a tener una apreciable y costosa biblioteca¹⁰⁸, así como una gran colección de estampas y dibujos. No se conoce el inventario completo de la biblioteca de Castro, sino sólo uno parcial. Probablemente tendría en torno a 1.500 volúmenes.

108. BÉDAT, Claude, “La bibliothèque du sculpteur Felipe de Castro”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, V, 1969, pp. 363-410.

Los libros que Felipe de Castro poseía evidencian su sólida formación clásica, obtenida durante su estancia en Italia. En el inventario figuran las obras teóricas sobre la pintura de Alberti, Leonardo o Rafael, así como las ediciones de los tratados de los grandes arquitectos: Alberti, Palladio, Serlio, Vignola, etc. Conocía las obras de arte de la antigüedad gracias a las colecciones de grabados realizadas por Bartoli, Belloci o Piranesi. También poseía las obras consagradas a las biografías de las grandes figuras de artistas, como las de Baldinucci o Vasari. Poseía también las grandes obras de los teóricos y artistas franceses: D'Avilier, Perrault, etc. Espíritu curioso, en su biblioteca no faltaban materias como la Historia y Literatura, con la presencia de autores italianos (Petrarca, Marino) y franceses del Grand Siècle (Corneille, Racine, Molière), sin olvidar a nuestros grandes autores del Siglo de Oro. La presencia del libro extranjero en la Biblioteca de Felipe de Castro es muy grande. La mayoría de los libros propiamente dichos, así como sus estampas y dibujos estaban editados en el extranjero. Italia fue el lugar de procedencia más destacado, pero no faltaban entre sus libros obras impresas en Francia, Países Bajos, Alemania, Inglaterra o Suiza, aunque la significación de éstas era mucho menor. Los libros impresos en España sólo suponían aproximadamente una tercera parte de sus fondos.

También era una biblioteca bastante especializada la del arquitecto Teodoro Ardemans, cuyo inventario se contiene en la documentación realizada con motivo de la partición de sus bienes entre sus herederos¹⁰⁹. Contaba con 227 títulos y 334 volúmenes. Los libros de arquitectura eran los más abundantes, ninguna de las obras importantes publicadas hasta la época faltan en sus anaques: Viñola, Pozzo, Bibbiena, Dietterlin, Serlio, Böckler, Delorme, Scamozzi, Alberti, Cataneo, Cerceau, Mut, Cassani, etc. Reunió también un importante número de libros dedicados a la fortificación militar: Santanas y Tapia, Rojas, Belice, Maggi de Anghiari, Castriotto, etc. Y poseía también obras de Matemáticas y Geometría. Pero como es lógico en una biblioteca de una persona culta, no faltan obras de materias humanísticas como la Historia, Literatura, ni los omnipresentes libros de devoción. La presencia de libros extranjeros es también notable. En el conjunto aproximadamente una cuarta parte de los libros son de autores extranjeros y editados fuera de nuestro país.

5.5. *Bibliotecas de burgueses*

Aunque en nuestro país la burguesía tuvo durante el siglo XVIII un menor desarrollo que en los países europeos de su entorno, en algunas ciudades como es

109. AGULLÓ Y COBO, Mercedes, "La biblioteca de don Teodoro Ardemans", en *Primeras Jornadas de Bibliografía*, Madrid, 1977, pp. 571-582

el caso de Cádiz, podemos encontrar algunos ejemplos de auténticos burgueses, especialmente comerciantes, abiertos a la ideología ilustrada y a las corrientes de pensamiento procedentes de Europa. Algunos de ellos fueron notables lectores y reunieron importantes bibliotecas.

Sebastián Martínez constituye un buen ejemplo de comerciante gaditano acomodado. Su vida transcurría entre Cádiz y Madrid, en donde llegó a ser miembro de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Hombre culto, notable coleccionista de obras de arte, poseía dos bibliotecas, en Cádiz y Madrid¹¹⁰. La primera de ellas, compuesta por 844 títulos fue valorada en 76.586 reales, y la de la capital, aunque sólo contaba con 158 libros fue tasada en 42.287 reales. García Baquero se centró en el análisis de la biblioteca gaditana, cuyo catálogo es más completo y preciso.

El interés bibliográfico de Sebastián Martínez era muy variado y abarcaba campos tan diversos como la Geografía e Historia; Literatura; Religión, Moral y Filosofía; Bellas Artes; Derecho; Política y Economía. Los libros aparecían clasificados en cuatro idiomas: español, francés, italiano y latín, siendo los libros franceses los mayoritarios, pues abarcaban el 48 % de los fondos. Los libros editados en italiano suponían valores mucho menores, sólo el 8 %, y menor aún era el peso de los libros editados en latín. El francés tenía, pues, la primacía, primacía que se acentuaba si nos fijamos en la autoría de las obras, pues muchos títulos editados en español eran en realidad traducciones de originales franceses. En francés encontramos obras de Historia eclesiástica, como las de Fleury o Calmet, los grandes autores literarios: Bossuet, Fenelon, Molière, Pascal, La Fontaine, las obras filosóficas de Malebranche, Mirabeau, Fontenelle, obras científicas como las de Bézout, Buffon, etc. El francés le sirve también como vehículo para acercarse a autores ingleses como Richardson, Swift, Young, a través de traducciones editadas en el país vecino. En cuanto a los libros en italiano, idioma que nuestro comerciante parece conocer bien, son mucho más minoritarios y se ciñen sobre todo a la materia de Bellas Artes y a la cultura clásica. Más del 90 % de los libros están editados en su propio siglo, los libros antiguos son poco relevantes, lo que demuestra que se trata de una biblioteca creada por su propio dueño, que responde a sus inquietudes e intereses.

La biblioteca de Sebastián Martínez es un claro ejemplo de afrancesamiento cultural y proximidad al pensamiento ilustrado. Entre los fondos se encuentra una veintena de libros condenados por el Santo Oficio, lo que es una prueba más de la incapacidad de esta institución para impedir el tráfico del libro extranjero, incluso del prohibido en nuestro país y hace patentes las intensas relaciones culturales con el país vecino.

110. GARCÍA BAQUERO, Antonio, *Libro y cultura burguesa en Cádiz: las bibliotecas de Sebastián Martínez*, Cádiz, 1988.

El gaditano Vicente Pulciani Lasso de la Vega¹¹¹, estudió leyes en Sevilla y por su matrimonio entroncó con una familia procedente del mundo del Derecho y de la judicatura, es un ejemplo menos acabado de burgués, pues buena parte de su trabajo lo dedicó a su despacho de abogado, aunque lo simultaneó con importantes actividades mercantiles y financieras, basándose en un importante patrimonio recibido por herencia y que fue acrecentando por medio de actividades como préstamos, alquileres, compra de vales reales, acciones, etc. Fue un hombre de una notable fortuna, amante del teatro y de la música y coleccionista notable de relojes y de libros.

Su biblioteca contaba con 907 títulos que comprendían 2.011 volúmenes. Dos son las materias estrellas de esta librería: el Derecho –como corresponde a un abogado en ejercicio– y la Literatura, que denota las aficiones de un hombre culto, pero no faltan otras como Ciencias y Artes, Historia y Geografía, Filosofía y Educación, Política y Economía, o la omnipresente Religión.

El español es el idioma más utilizado, pero también están presentes el latín, en una cuarta parte de las obras, y el francés, en un 15 % de las mismas. El inglés y el italiano, representan valores mucho menores. Entre sus libros se encuentran los autores franceses más representativos del teatro de los siglos XVII y XVIII (Corneille, Molière, Marivaux, Montfleuri, Legrand, etc.), de la literatura religiosa (Fleury, Jeunin), o de la Historia (Bossuet, Calmet, Fleury, Richer, Vertot). Es también ésta una biblioteca recopilada a lo largo de una vida, la mayoría de las ediciones son contemporáneas a su dueño.

También se conoce la biblioteca de un miembro de la alta burguesía mercantil aragonesa del siglo XVIII, Juan Martín de Goicoechea y Galarza¹¹², representante de la Compañía Guipuzcoana de Caracas, apoderado del Banco Nacional de San Carlos, tesorero del Canal Imperial de Aragón, diputado del común de Zaragoza, del montepío de Labradores de esta ciudad y socio de la Real Sociedad Aragonesa de Amigos del País, caballero de Santiago. El inventario de su biblioteca recogía cerca de 450 obras diferentes que comprendían casi un millar de volúmenes. Se trata de obras en castellano en su mayoría, junto a un conjunto importante de obras francesas, que alcanzan casi el 10 por ciento del total, no en vano había completado su formación en el mundo de los negocios en la ciudad de Lyon, junto a su tío Luis de Goicoechea, donde conoció todo lo relativo a la industria sedera y al mundo de los negocios, que serían fundamentales para su actividad profesional. Aunque Gómez Zorraquino no hace un estudio cuantitativo de esta

111. GARCÍA FERNÁNDEZ, M.^a Nélica, *Burguesía y toga en el Cádiz del siglo XVIII: Vicente Pulciani y su biblioteca ilustrada*, Cádiz, 1999.

112. GÓMEZ ZORRAQUINO, José Ignacio, “La biblioteca de Juan Martín de Goicoechea y Galarza (1732-1806)”, en NÚÑEZ ROLDÁN, Francisco (coord.), *Ocio y vida cotidiana en el mundo hispánico en la Edad Moderna*, Sevilla, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 2009, pp. 169-187.

biblioteca, apunta que la mayoría de los libros eran de tema religioso, cuestiones militares e Historia, y en menor medida obras literarias, de Geografía, Filosofía y Derecho. Un capítulo significativo lo constituían algunos trabajos prácticos sobre la producción industrial y sobre temas de comercio y de economía en general, que tenían que ver con el ejercicio de su profesión. Una biblioteca, en definitiva, organizada en torno a los polos de utilidad y evasión.

5.6. Bibliotecas de hombres de ciencia

Como es bien sabido, España permaneció bastante al margen de la revolución científica europea. La recepción en nuestro país de la ciencia moderna fue relativamente tardía y hasta la etapa de *los novatores* nuestro país permaneció prácticamente al margen de los avances en este campo. En el siglo XVIII la apertura a las corrientes del pensamiento científico se produjo por fin. Buenos ejemplos de ello los encontramos en las bibliotecas de tres de los hombres de ciencia españoles más importantes del momento: la del geógrafo Tomás López, la del marino Jorge Juan y la del matemático Benito Bails.

El geógrafo y cartógrafo Tomás López fue becado por Ensenada y la Academia de Bellas Artes de San Fernando para estudiar en París Geografía, Astronomía y Matemáticas. Allí recibió lecciones del geógrafo Dheulland, del matemático La Caille y del astrónomo La Lande. A su vuelta a España, comenzó una importante labor como grabador y editor de mapas, desde 1770 como geógrafo real. Poseyó una importante biblioteca, sobre todo por su alto grado de especialización¹¹³. A su muerte en 1802 comprendía 599 libros, así como una importante colección de mapas y manuscritos.

Basándonos en los datos del catálogo de su biblioteca¹¹⁴ se observa entre los libros de nuestro geógrafo una proporción importante de obras editadas en el extranjero, 214 concretamente, más de una tercera parte. Así mismo están presentes distintas lenguas: francés –con 176 títulos–, portugués, italiano e inglés, aunque éstos de forma mucho más minoritaria.

La biblioteca de Tomás López es un buen ejemplo de librería de un hombre de ciencia. En sus anaqueles están presentes no sólo lo más granado de la Geografía clásica y moderna (Tolomeo, Estrabón, Pausanías, Plinio, Pomponio Mela, L'Isle, La Lande, La Caille, Mercator, Maupertuis, Bézout, Cassini de Thuri, Clairaut, Danville, etc.), y de los viajeros y expedicionarios de la época (Bougainville,

113. PATIER, Felicidad, *La biblioteca de Tomás López. Seguida de la relación de mapas impresos, con sus cobres, y de los libros del caudal de venta que quedaron a su fallecimiento en Madrid en 1802*, Madrid, 1992.

114. Aunque está editado minuciosamente no contiene un estudio propiamente dicho sobre la misma. La cuantificación que señalo se basa en el catálogo.

Carver, Bruce, Cook, Bernier, Jorge Juan, etc.) sino también numerosas obras de Matemáticas, Astronomía, Historia natural, todas ellas disciplinas complementarias a su quehacer como geógrafo y cartógrafo. Lógicamente hay una buena representación de Atlas (Mercator, D'Anville, Hawkerswort) y de diccionarios geográficos (Moreti, Coleti, La Martinière). La impronta de la ciencia francesa es muy patente, hasta el punto de que algunas de las obras inglesas están en esta lengua. Parte de estos libros debieron viajar con él a su vuelta de Francia, pero otros fueron adquiridos en nuestro país a lo largo de su vida. Junto a los libros científicos encontramos otros de Historia, Filosofía, Literatura, propios de una persona abierta y con una amplia curiosidad intelectual, así como un grupo no desdeñable de libros religiosos, muchos de ellos en francés.

También contó con una importante biblioteca muy especializada en temas científicos el destacado marino Jorge Juan y Santacilia, uno de los hombres de ciencia españoles más sobresalientes de la época, participante en la expedición de Maupertuis a Perú, fundador del observatorio astronómico de Cádiz y director del Seminario de Nobles de Madrid. El catálogo de la misma, junto con el inventario de sus bienes ha sido publicado hace unos años¹¹⁵, pero está falto de un estudio profundo que aclare sus contenidos. Hacerlo ahora excede, sin duda, lo que exige un trabajo de síntesis como el que nos ocupa. Sólo he de señalar que se trataba de una biblioteca no demasiado abundante, en torno a 400 títulos, fuertemente especializada, en la que predominan las obras de Astronomía, Matemáticas, Física, Náutica, libros de viajes, etc., la mayoría en lenguas extranjeras, inglés y francés sobre todo. Llama la atención la fuerte presencia de libros ingleses. No se olvide que Jorge Juan pasó unos años en Gran Bretaña aprendiendo de la primera potencia naval las técnicas de construcción de navíos, que luego serían puestas en práctica en nuestro país durante su etapa de director de los arsenales de Ferrol y Cartagena.

Con más detalle conocemos la biblioteca del matemático catalán Benito Bails. Se había formado en Francia, en Toulouse y Paris, donde vivió en primera línea el clima de efervescencia de las Luces. Tras su regreso a España, fue titular de la cátedra de Matemáticas de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. A lo largo de su vida Bails formó una importante biblioteca privada¹¹⁶. En el momento de su fallecimiento comprendía 571 títulos y 840 volúmenes y fue tasada

115. NAVARRO MALLEBRERA, Rafael y NAVARRO ESCOLANO, Ana María, *La biblioteca de Jorge Juan*, Alicante, 1987.

116. ARIAS DE SAAVEDRA ALÍAS, Inmaculada, *Ciencia e Ilustración en las lecturas de un matemático. La biblioteca de Benito Bails*, Granada, Editorial Universidad de Granada-Reial Academia de Bones Lletres de Barcelona, 2002 y de la misma autora, "Libros extranjeros en la biblioteca del matemático Benito Bails (1731-1797)", en VILLAR GARCÍA, M. B. y PEZZI CRISTÓBAL, P. (eds.), *Los extranjeros en la España Moderna. Actas del I Coloquio Internacional*, Málaga, 2003, vol. II, pp. 125-137.

en 24.104 reales. Se trataba de una biblioteca fuertemente especializada, como corresponde a un científico profesional. Las materias estrella eran Matemáticas, Física, Astronomía, Náutica, así como Arquitectura e Ingeniería Civil, es decir, aquellas más relacionadas con su quehacer científico y docente, pero no faltaban otras disciplinas científicas como Historia natural, Agricultura, Economía, Química, que representaban unos intereses más tangenciales. De todos modos la curiosidad de Bails era inmensa. También se halla en su biblioteca un variado conjunto de obras de materias diversas: Historia, Geografía, Derecho, Economía, Literatura, Música, Sanidad o Humanidades, así como un número bastante significativo de publicaciones periódicas que nos muestran una personalidad intelectualmente abierta y comprometida con los intereses de su tiempo.

La influencia extranjera en las lecturas de Bails es muy grande. A lo largo del catálogo de su biblioteca aparecen 374 autores, de los cuales sólo son españoles 72. El resto son extranjeros, más de la mitad franceses, le siguen en importancia los italianos e ingleses, con valores de algo más del 10 % respectivamente. Los procedentes de otros países tienen una significación mucho menor. No voy a detenerme aquí en glosar el extraordinario elenco científico presente en la biblioteca de Bails. En sus anaqueles hallamos las figuras más importantes de las Matemáticas y la Física modernas: Descartes, Newton, Euler, Bernoulli, L'Hospital, Simpson, Wolf, Gravesande, Lagrange. Astrónomos como Tycho Brahe, Kepler, La Caille, Emerson, Atkinson, tratadistas de arquitectura como Vitrubio, Alberti, científicos naturales como Fontenelle o Buffon, tratadistas de agricultura como Duhamel de Monceau, químicos como Guyton de Morveau o médicos como Pringle, por sólo referirme a algunos de materias científicas en sentido estricto.

Además la mayoría de los libros de Bails estaban en idiomas diferentes del español y habían sido editados en el extranjero. El idioma castellano no alcanzaba apenas a una quinta parte de la biblioteca. El francés era el idioma presente en más de la mitad de las obras —era su lengua de formación y de la cultura preponderante en la Europa de las Luces— pero también son destacables los libros escritos en italiano e inglés. Sólo un 15 % de los libros de Bails estaban editados en España. Francia era el lugar de procedencia de la mayoría. Por la fecha de edición muchos pudieron ser adquiridos durante su estancia en el país vecino, pero la mayoría lo fueron en los años de residencia en nuestro país, una prueba más e irrefutable de los contactos científicos de la elite ilustrada española con las corrientes de pensamiento más avanzadas del momento.

5.7. Bibliotecas de eruditos, académicos y profesores

Para el siglo XVIII español, una de estas figuras más notables en este sentido es, sin duda, Gregorio Mayans. No tenemos conocimiento total de los

fondos de la rica y escogida biblioteca del erudito valenciano y bibliotecario real, pero si tenemos algunas noticias de algunos libros que la formaban¹¹⁷. Se trata de una lista de sólo 83 obras, todas ellas de autores o traductores españoles, la mayoría editadas en España, aunque algo más de una decena están impresas en el extranjero (Bruselas, Lyon, Nápoles, etc.). Un elenco tan reducido de obras no nos permite aproximarnos a lo que, sin duda, debió ser una riquísima biblioteca del valenciano.

Genaro Lamarca publicó el catálogo de la biblioteca del catedrático y pavidre de Teología y Sagrada Escritura Vicente Casaña¹¹⁸, fallecido en 1763. Según los testimonios de Mayans y Asensio Sales se trataba de un tradicionalista, aunque su nombre se encuentra entre los promotores de la Academia Valenciana. El inventario consta de 316 títulos, en los que predominan los libros religiosos –ocho de cada diez–, que responden a sus obligaciones de clérigo y profesor. Abundan las obras de autores jesuitas, españoles, franceses y alemanes, especialmente escrituristas –Toledo, Pereira, Gaspar Sánchez, Cornelio Alapide–. Llama la atención la escasez de libros científicos –apenas media docena de títulos, entre ellos la *Física Moderna* de Andrés Piquer y el *Compendio matemático* de Tosca– y de obras de literatura de creación –sólo destaca un ejemplar del *Quijote* en dos volúmenes–. En resumen, una biblioteca tradicional, jesuítica y anclada en el escolasticismo.

Más interesante es la biblioteca de Cándido María Trigueros, cuyo catálogo fue publicado por Aguilar Piñal junto con el de su monetario¹¹⁹. El notable erudito y bibliófilo, beneficiado de Carmona, académico de la Academia Sevillana de Buenas Letras y de la Real Academia de la Historia, socio de la Económica de Sevilla, terminó sus días como segundo bibliotecario de los Reales Estudios de San Isidro. Notable humanista, podía expresarse en francés, inglés e italiano y escribía correctamente en latín, griego y hebreo. Toda su vida leyó continuamente en libros propios y prestados, tanto de particulares como de bibliotecas públicas, y se dedicó a ambiciosos proyectos intelectuales y literarios, fallidos en su mayor parte, que ha sido sacados del olvido por Aguilar Piñal¹²⁰. El inventario de su biblioteca, conservado en el Archivo Histórico Nacional, se realizó con motivo del pleito sostenido entre sus herederos y los Reales Estudios de San

117. CASTAÑEDA Y ALCOVER, Vicente, *Noticia de algunos libros que integran la biblioteca de don Gregorio Mayans*, Valencia, s. a.

118. LAMARCA LANGA, Genaro, “Lecturas y élites intelectuales: la Biblioteca de Vicente Casaña”, en *Claustros y estudiantes. Congreso internacional de historia de las universidades americanas y españolas en la edad moderna*. Valencia, noviembre de 1987, Valencia, 1989, t. I, pp. 343-362.

119. AGUILAR PIÑAL, Francisco, *La biblioteca y el monetario de Cándido María Trigueros (1798)*, Sevilla, 1999.

120. AGUILAR PIÑAL, Francisco, *Un escritor ilustrado: Cándido María Trigueros*, Madrid, 1987.

Isidro sobre su posesión. Es bastante minucioso y comprende todas las obras, ordenadas alfabéticamente por autores, con el título, año, pie de imprenta y número de volúmenes. Como no estaban destinadas a la venta, las obras aparecen sin tasar. Durante toda su vida Trigueros había logrado acumular una notable biblioteca de 1.073 títulos, que comprendían 1.368 volúmenes, además de 90 tomos o legajos de papeles impresos o manuscritos, dos legajos de cartas, 14 de periódicos, seis mapas y 84 láminas de estatuas antiguas, además de un notable monetario constituido por 2.156 medallas. Era la biblioteca de un auténtico bibliófilo. Además de poseer 3 incunables, casi la tercera parte de sus libros eran ediciones del siglo XVI y una quinta parte del siglo XVII. Sólo el 20 por ciento eran ediciones españolas, el conjunto estaba editado en el extranjero, destacando las ediciones francesas, italianas, alemanas y holandesas, e incluso belgas y suizas. Más del 60 por ciento de los libros estaban en latín, pero había una notable presencia de libros en francés, italiano y griego y en menor medida en hebreo, inglés, árabe o portugués.

En cuanto a su composición, destaca la presencia de numerosas obras de consulta –diccionarios, tanto lingüísticos como de diversas materias, gramáticas de distintas lenguas etc. Casi la mitad de los libros son de materia religiosa, pero más que libros de piedad, de los que hay algunos, destacan los de Sagrada Escritura –tres ejemplares de la Biblia, un antiguo testamento en hebreo, dos ediciones bilingües del Nuevo Testamento, medio centenar de libros de exégesis del Salterio y de otros textos bíblicos, cuatro títulos de Erasmo, así como la obra de los principales erasmistas españoles–, Historia de la Iglesia, Teología, decantándose por la tendencia agustiniana y filojansenista, con obras de autores como Febronio, Antonio Agustín, Mabillón, Bossuet, Fleury, Muratori, Heineccio, etc. Poseía una veintena de libros jurídicos y otro grupo significativo de obras filosóficas entre las que destacan las obras de Bacon, la *Enciclopedia metódica* y los *Opuscula* de Newton, junto con las *Lettres* de Voltaire, pero no encontramos los títulos más significativos del enciclopedismo. Como buen humanista, poseía una importante representación de libros de Historia, entre los que, además de diccionarios e historias locales, había una buena representación de la historiografía grecolatina y renacentista –Polibio, Tito Livio, Tácito, Apiano, Paulo Jovio– e incluso autores más modernos como Montesquieu, una buena representación de Historia de España –Morales, Mariana, Herrera, Muñoz, Masdeu, etc.–, así como numerosas historias particulares de etíopes, godos, francos, celtas, germanos, tártaros, turcos, lusitanos, etc. No faltaban las ciencias auxiliares de la Historia, Epigrafía y especialmente la Numismática, de la que fue un gran entendido. En materia científica destacan las obras de Historia natural, Agricultura y Botánica –Plinio, Bowles, Pluche, etc.–, así como otras de Medicina, Farmacia o Química.

Más importante es el contenido en obras de creación literaria. Además de un notable elenco de obras de Historia Literaria –Padre Andrés, Lampillas,

los Mohedano, etc.– poseía los textos de los poetas clásicos, griegos y latinos –Homero, Teócrito, Anacreonte, Hesiodo, Fedro, ocho ediciones de Virgilio, otras tantas de los poemas satíricos de Juvenal, Persio, Marcial–, así como lo mejor del teatro grecolatino –Eurípides, Sófocles, Aristófanes, Terencio, Teócrito, Píndaro, Séneca–. En lo que se refiere a la poesía española, llama la atención en su biblioteca la ausencia de los grandes poetas del siglo XVI –Garcilaso, Herrera– y otros del XVII –Quevedo, Góngora, los Argensola, etc.–. Más nutrido es el capítulo referente al teatro, tanto francés –Molière, Racine, Corneille–, italiano o español –Cervantes, Ramón de la Cruz, y aunque no las cita, porque quizá estaban en los legajos manuscritos de su biblioteca, sabemos que poseía algunas obras muy raras de Lope de Vega. Entre la prosa de ficción encontramos las *Novelas ejemplares* y la *Galatea*, pero no poseía obras tan leídas en la época como el *Quijote* ni el *Telémaco* de Fenelón. Por último hay que señalar entre los fondos de su biblioteca una nutrida representación de prensa periódica, tanto española –*Diario de los literatos*, *Semanario económico*, *la Gaceta*, *el Mercurio*, *el Correo de Madrid*, *el Espíritu de los mejores diarios*, etc.–, como extranjera –*Biblioteque universel* de Ámsterdam, *Novelles della Repubblica letteraria* de Venecia y *Effemeridi letterarie* de Roma. Como señala Aguilar Piñal en esta notable biblioteca no figura todo lo leído y comentado por Trigueros. Por sus propios escritos, por su correspondencia y por los préstamos de que se tiene constancia, hay muchos más autores que pasaron por sus manos y que no se encuentran en su inventario. Una notable biblioteca que pasaría a los Reales estudios y cuyos fondos en la actualidad se encuentran repartidos entre la Real Academia de la Historia y la Universidad de Madrid.